

*N*ORBERTO *P*INILLA

★ ★ ★ ★ ★ ★

11(928a-3)

LA CONTROVERSIA  
FILOLOGICA DE 1842

★ ★ ★ ★ ★ ★

SANTIAGO DE CHILE

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1945

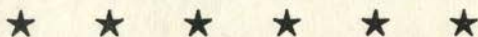
*LA CONTROVERSIA FILOLOGICA DE 1842*

*NORBERTO PINILLA*

*Prof. de la Universidad de Chile*



**LA CONTROVERSI  
FILOLOGICA DE 1842**



SANTIAGO DE CHILE

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1945

## PROLOGO

*La publicación de La polémica del romanticismo en 1842 me ha obligado, en cierta manera, a completar el cuadro polémico de aquel año con la composición del presente volumen.*

*En 1842, como se sabe, se discute de lo lindo. La primera polémica es la que ahora reproduzco en todos sus detalles y pormenores. La segunda es la contenida en el libro que menciono en el párrafo anterior. La tercera la sostienen Domingo Faustino Sarmiento y José Joaquín Vallejo a fines de ese año y termina en Enero de 1843.*

*La presente disputa comienza a propósito de un vocabulario de voces consideradas viciosas y su correspondiente palabra correcta que publica Pedro Fernández Garfias. Este trabajo lleva como introducción el artículo de Sarmiento, quien elogia la tarea del chileno con su entusiasmo característico. De ahí que ambos artículos tengan la misma fecha de publicación.*



El resto de las piezas del libro está en orden estrictamente cronológico, porque así se da con fidelidad el proceso polémico. La ortografía de los textos es la etimológica, aunque los originales están escritos en la fonética.

¿Por qué se puede polemizar tanto en Chile? Sin duda, porque el país tiene, a contar de tal fecha, una sólida estructura moral y legal. La libertad, que no se desmanda sino como acto excepcional, la condiciona la objetividad de la ley. Del libre ejercicio de la inteligencia nace el sentido de la responsabilidad intelectual. El hombre en el examen libre de sus problemas tiene la mejor oportunidad para vivir con decoro y dignidad. De allí que la lectura de aquellas controversias sea como una pura lección de libertad. Por otra parte, sus contenidos, aunque superados, se prestan para la meditación de la condición cultural de las primeras etapas de la vida chilena independiente, vale decir, hispanoamericana, pues por aquel entonces las semejanzas son mayores y la solidaridad americana es algo más que tópico retórico.

Al publicar el argentino y el chileno sus contribuciones a la cultura nacional, obran de buena fe. Pero estos dos hombres más animosos que competentes incurren, en particular el santiaguino, en graves errores. En efecto, quien examine el vocabulario verá, en muchos de sus términos, evidente precipitación o, para ser más exactos, llana ignorancia.

Es verdad que el lenguaje de los chilenos, como lo digo en mi libro *La generación chilena de 1842*, de aquellos tiempos es de doble pobreza: fonética y lexicográfica. Dicho en otras palabras, se pro-

nuncia mal y el número de las voces empleadas es muy reducido. Mucho ha progresado el idioma oral en Chile durante el presente siglo. Sin embargo, es preciso trabajar mucho todavía para enriquecer la lengua española usada en esta larga y angosta cinta de tierra. No se trata de hablar como diccionario. La pobreza del habla, empero, denuncia un aldeanismo instruccional que es preciso combatir metódicamente. La escuela y la prensa tienen igual responsabilidad en esta faena. El diario es el texto de lectura más difundido en los pueblos. De ahí que deba cooperar en la corrección y propiedad de la lengua materna. La tarea es larga, pero muy factible.

Los chilenos de 1842, chilenos de buena situación social, usan palabras que hoy sólo los analfabetos, por desgracia no muy pocos, pronuncian y emplean. En este sentido el lexicón de Fernández Garfias es un documento de valor informativo.

Los desaciertos del profesor chileno hacen intervenir al docto Andrés Bello. El notable maestro obra muy bien al aclarar tales errores. La polémica toma desde ese momento, aunque el ilustre venezolano no vuelve a terciar en el debate, los acentos encendidos de la pasión y adquiere un carácter exclusivamente literario. Pero no me las quiero dar de truchimán en la explicación de la controversia, porque para eso está el cacumen del lector. Mi tarea no es dársela hecha, sino presentarle el tema para que piense, si es que le gusta pensar, que si no le place, no haga parejo esfuerzo, que le puede dañar...

Las notas son difíciles de componer. Al verlas menudas no revelan el esfuerzo empleado en escribirlas.

*Sin embargo, la síntesis es operación intelectual ardua. Sin caer en prolijidad he tratado de dar los datos suficientes para ulteriores consultas o estudios.*

## II

*Encontrar un buen título es, sin duda, suerte grande. Tengo la sensación de que el del presente volumen no es del todo acertado. Sin embargo, resulta bastante claro y dice con propiedad mucho del alcance de su contenido.*

*Los artículos que integran este volumen se han recogido en El Mercurio de aquella época. Los de Sarmiento son los más difundidos. Conozco tres libros en que aparecen: Obras, t. I, con el subtítulo, Artículos críticos y literarios, edición de Luis Montt (Santiago, Imp. Gutenberg, 1887); Sarmiento en el destierro por Armando Donoso (Buenos Aires, Gleizer, 1927); Prosas de ver y leer, selección de Eduardo Mallea (Buenos Aires, Emece, 1943). El artículo de Bello aparece reproducido en el primer tomo mencionado de Sarmiento y en la selección citada de Mallea. El resto de las piezas, esto es, las siete restantes se publican en libro sólo ahora por primera vez. Componen este material: el lexicon de Fernandez Garfias, tres de José María Núñez y tres que, firmados con seudónimos, los doy como anónimos por no haber podido atribuirlos con fundamento a ninguna persona conocida de la época.*

*En este volumen figura la jocosa petición de ostracismo para Bello formulada por Sarmiento. Se puede leer en el artículo titulado, Segunda contesta-*

ción a un quidam. La respuesta de Núñez revela que el chileno comprende en todo su alcance la petición del autor de *Facundo*. En efecto, dice que «el recurso es ingenioso». Sin embargo, esta humorística petitoria polémica no se ha comprendido más tarde y se le ha dado torcida interpretación; más aún, se ha creado una verdadera leyenda sobre la enemistad del preclaro caraqueño con el inquieto cuyano. En un opúsculo titulado, *Bello y Caracas* (Santiago, *Revista de Educación*, 1944) doy las pruebas necesarias y suficientes para negar semejante aserción. Con todo, la leyenda se seguirá repitiendo. Las leyendas poseen más vida que las hidras mitológicas...

No tiene mi presente tarea otro fin que dar cómodos y necesarios instrumentos historiográficos para la futura investigación de las letras e ideas de Chile. No es, lo sé muy bien, una faena brillante la que realizo. Pero el acopio del material bibliográfico es previo para poder escribir obras que, como elegantes y perdurables monumentos, hacen la gloria de sus autores.

No sé si seré yo mismo quien componga la historia crítica y general de la literatura chilena. Entre tanto, no quiero restar mis esfuerzos de investigador a quienes tengan tales propósitos.

La recolección de estos artículos no ha sido sencilla. Se requiere paciencia constante y renovada para buscar noticias en colecciones de diarios. En la faena del investigador hay, no obstante, breves lampos para ir comprendiendo y articulando sutiles procesos del pasado. Es un dato de apariencia insignificante el que desvanece una duda o es un detalle pintoresco el que aclara una obscura situación.



*En mis tareas he recibido siempre la gentil colaboración de los empleados de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional de Santiago y, en especial, de su competente jefe, el conocido escritor Raúl Silva Castro, a quien agradezco públicamente sus finas y numerosas atenciones.*

NORBERTO PINILLA

Santiago, Chile, Junio, 1945.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

# EJERCICIOS POPULARES DE LA LENGUA CASTELLANA <sup>1</sup>

*Domingo Faustino Sarmiento*

He aquí un buen pensamiento: reunir en una especie de diccionario los errores de lenguaje en que incurre el pueblo y que, apoyados en la costumbre y triunfantes siempre por el apoyo que les presta el asentimiento común, se transmiten de generación en generación y se perpetúan sin suscitar ni el escándalo

<sup>1</sup> Domingo F. Sarmiento vive desde 1811 a 1888. Visita a Chile en dos ocasiones en 1827 y en 1884; vive en nuestro país en dos períodos de 1831 a 1836 y de 1840 a 1855. Durante veinte años, pues, comparte con los chilenos la responsabilidad de trabajar por nuestra cultura desde la escuela y en la prensa. En Chile compone sus obras fundamentales: *Facundo* (1845) y *Recuerdos de provincia* (1850). Comisionado por nuestro Gobierno viaja desde fines de 1845 hasta comienzos de 1849. Fruto de ese periplo es su libro, *Viajes por Europa, Africa y América* (1849) en el que hay páginas de rica calidad por la agudeza de la observación. Mucho debe Chile a Sarmiento, pero también Sarmiento debe mucho a Chile. Con verdadero afecto escribe a un amigo santiaguino hacia el final de su vida: «Chile fué mi teatro y le debo los más gratos recuerdos.» N. P.

de las palabras indecorosas a quienes la moral frunce el entrecejo, ni el ridículo que provocan las pretensiones de cultura de algunas gentes tan ignorantes como atolondradas que usan palabras cuyo sentido no comprenden ni están admitidas en el corto diccionario popular. Tal es la útil idea que un estudioso ha concebido al reunir, en el opúsculo que a continuación publicamos, aquellas palabras que el uso popular ha adulterado cambiando unas letras, suprimiendo otras o aplicándolas a ideas muy distintas de las que deben representar, o bien usándolas aún después que en los países y entre las gentes que con más perfección habla el castellano, han caído en desuso y han sido sustituidas por otras nuevas. Sabido es que cada reino de España, cada sección de América, y aún cada provincia de ésta, tienen su pronunciación particular, su prosodia especial, y que hay modismos y locuciones que han sido adoptados por cierto departamento, cierto lugar, cuyos habitantes se distinguen por estas especialidades. No andaría muy errado quien atribuyese estas degeneraciones al aislamiento de los pueblos, a la falta de lectura que les haga corregir los defectos y errores en que incurren y que, sancionados por el hábito, carecen de una conciencia que los repruebe y los corrija.

Consiguientes a la idea de que estas apuntaciones que nos han sido suministradas son solamente aplicables al común de las gentes, nos abstendremos de elevarnos con respecto a las formas y los límites que toma el idioma entre nosotros, a consideraciones de más gravedad, buenas sólo para los estudiosos. Conveniría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar en

nuestro lenguaje, hablado o escrito, aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; ~~las~~ gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¿qué se ha de hacer? todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohinos, la agregan, y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo.

Tan cierto es esto, que en la mayor parte de los idiomas modernos ni prójimos son la escritura de las palabras con los sonidos que representa, lo que atribuimos nosotros a que en los siglos bárbaros que han precedido a la cultura de las lenguas vivas, poquísimos eran los que escribían, y éstos, como literatos, no admitían en lo escrito la corrupción en que veían iba degenerando el habla popular. Llegó el día en que un gran número se sintió con ganas de aprender a

escribir y se encontró con que mis señores literatos escribían como el pueblo había hablado quinientos años antes. En balde fué gritar contra el absurdo y pedir que se escribiese como se hablaba. ¡No, señor! o escribir como escriben los literatos, o no se enseña a escribir a nadie; y ya ven ustedes que el caso era apretado, y fuerza le fué al pobre pueblo someterse, a trueque de saber algo, a la voluntad de los susodichos letrados. Lo que nos para los monos es el pensar cómo los españoles han andado siempre tan liberales en su modo de escribir, que han llevado la ortografía tas con tas con el habla, ellos que tan empacados se mostraban contra las otras innovaciones, a no ser que al principio no hubiese literato ninguno, o que hayan acertado en lo que todos los demás pueblos han errado, por la misma razón que han errado en casi todo lo que los otros acertaron. Pero volvamos a nuestro asunto del vocabulario.

Con poca razón achaca Fernando de Herrera a los maestros el descuido y la poca afición que tienen a honrar nuestra lengua. No son los maestros los que corrompen el idioma, son las madres, y al seno de la familia, de donde el mal sale, debía llevarse el remedio. El niño aprende a hablar remedando los sonidos, la acentuación y aun lo que por acá llamamos *tonada* de los que lo rodean. En vano el pedagogo ha de decirle: no se dice *vía mía* sino *vida mía*, y para él su madre sabe más que todos los maestros juntos. Si en las grandes ciudades se nota que el habla es más correcta, es porque las mujeres sin saber gramática y de puro presumidas han aprendido a hablar mejor.

Las niñas, quienes por naturaleza tienen el instinto de agradar y la malicia de ocultar a nuestra vista todo síntoma exterior de imperfección, están atisbando siempre el habla de sus allegados y en acecho de los defectos de la suya propia para corregirse. Es un hecho que hemos notado siempre que en las aldeas y ciudades de provincia las mujeres son comúnmente más cultas en su lenguaje y en sus modales que los hombres sus hermanos, parientes o amigos; y cada joven que va de la capital o de los colegios a las provincias tiene tantas discípulas a quienes da lecciones de idioma sin saberlo, como son las niñas interesadas en escuchar sus discursos, razón por la que consideraríamos más efectivo para corregir los defectos del lenguaje un buen mozo instruído que todos los maestros y las gramáticas reunidos. Los hombres son más cabeza dura y más abandonados. Las niñas enmiendan una palabra desde que le conocen el defecto, con la misma facilidad que reforman un buen vestido desde que la moda ha pasado. Sepan ellas en qué está lo malo, y no haya miedo de que se descuiden en remediarlo. Por eso somos de opinión que si se escribiera un librito en que se recogieran todos los defectos del lenguaje y el modismo o palabra que en su lugar debe usarse, sería visto y no oído, pues todas las puntillosas lo comprarían para salir a la noche al estrado hablando como unos calepinos de correctas.

Si el autor de los *Ejercicios populares* se lleva de nuestro consejo, podrá hacer a su país un servicio importantísimo estudiando los vicios más frecuentes en el hablar común e indicando el correctivo. Si agregase a lo que tiene hecho una persona, cuando más

no fuese, de los tiempos y participios irregulares de los verbos en cuya conjugación más se equivoca el pueblo, y algo también sobre los plurales de los nombres de formación irregular, adquiriría una celebridad piramidal entre la imberbe ralea, y su librito entraría a figurar un rol distinguido entre las esencias, afeites y chucherías de la *toilette*. En las columnas de *El Mercurio* son estas indicaciones, no obstante su utilidad, gastar pólvora en salvas, primero porque las niñas no leen *El Mercurio*, sino cuando alguien les cuenta que les han andado por las costumbres, que entonces se alborota el gallinero, y que van a ver qué indecencias han dicho para achacárselas a alguno a quien quieren mal o a otro infeliz a quien sólo de nombre conocen, porque ya no es la primera que les ha hecho; lo segundo, porque *El Mercurio* tiene la vida de un efímero, nace por la mañana y a la noche está sepultado en el olvido; lo tercero y último, porque los que leen son la espuma y la nata de la sociedad y no sin razón se creen que nada tienen de populares, y desdeñan por tanto esta clase de ejercicios.

De todos modos la idea es útil y el medio de corregir el defecto, acertado. La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro; se le enseñará a conocer cómo se dice, pero ya se guardará muy bien de decir cómo le enseñan; el hábito y el ejemplo dominantes podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse con reglas ni con autores, *así es malo, de este otro modo es como debe ser*, la noticia cunde por la ciudad o la aldea, se conversa sobre ello, se dice del libro que dice cómo debe decirse; habla mal uno y

le salta al hocico otro con el *copo*, se arma una disputa, se consulta el libro, y si alguno de los literatos litigantes se lleva un par de puñetazos, apostaríamos la camisa que en su vida se olvida de cómo debe decirse. Este es el camino.

*El Mercurio*

Valparaíso, Abril 27 de 1842.



## EJERCICIOS POPULARES DE LENGUA CASTELLANA <sup>1</sup>

*Pedro Fernández Garfías*

Culpo el descuido de los maestros y la poca afección que tienen a honrar nuestra lengua. *Fernando de Herrera.*

### Ejercicio 1.º Arcaísmos

Sean estas frases:

Encendida en cólera y llena de vergüenza, se abajó al suelo, y tomando una piedra, me la tiró.

*Estebanillo González*

<sup>1</sup> Muy poco se sabe de Pedro Fernández Garfías. Según Luis Montt, hombre bastante conocedor de la cultura chilena, fué profesor de latín y gramática castellana en el Instituto Nacional. Debió ser, sin embargo, durante muy poco tiempo, porque Domingo Amunátegui Solar en su libro *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas*. Santiago, Imp. Cervantes, 1891, no menciona a Fernández Garfías. Según Virgilio Figueroa recibió su diploma de abogado el 5 de Agosto de 1834. Cf. *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*, p. 142, t. III. Santiago, Imp. «Balcells», 1929. Parece que Fernández Garfías fué buen amigo de D. F. Sarmiento. N. P.

Atemorizados de oírle aquellos espíritus infernales, le dejaron caer desde la aleta del tejado.

Ovalle, *Historia de Chile*.<sup>2</sup>

Abajar y aleta del tejado son arcaísmos o modos de hablar anticuados, que en el día no se oyen sino en boca de la gente vulgar y común. En este caso se hallan muchas voces y frases que vamos a recorrer por orden alfabético, presentando al lado las que deben reemplazarlas.

SE DICE	DEBE DECIRSE
Abajar, abajamiento.....	Bajar, bajeza.
Abajo de la mesa.....	Debajo de...
Abotonadura .....	Botonadura.
Abromar la cabeza, etc.....	Abrumar...
Absurdidad.....	Absurdo.
Abusión.....	Agüero, superstición.
Abyección, abyecto.. ..	Abatimiento, abatido.
Acabo (al acabo del bastón).	Al extremo del...
Acarreto (hilo de) .....	De carreto.
Acensar.....	Acensuar.
Acetar, aceto.....	Aceptar, acepto.
Acezar, acezo.....	Jadear, jadeo.
Acomular .....	Acumular.
Acorrucarse.....	Acurrucarse.
Acriminar a alguno tal cosa.	Imputar...
Acuerdo (no hice acuerdo)..	No hice memoria.
Adeudar (me adeuda 100 pesos)...	Me debe...

<sup>2</sup> La obra de Alonso de Ovalle se titula, *Histórica relación del reino de Chile* (1646). N. P.

Adolorido.....	Dolorido.
Adotrar.....	Adotrar.
Advocarse la causa, etc.	Abocarse...
Afligente.....	Triste, etc.
Agangrenarse. . . . .	Gangrenarse.
Agora.....	Ahora.
Agravación.....	Agravamiento.
Agudez . . . . .	Agudeza.
Agüelo.....	Abuelo.
Albarcoque.....	Albaricoque.
Alderredor.....	Alrededor.
Alesna . . . . .	Lesna.
Aleta del tejado.. . . .	Alero.
Alisionar. . . . .	Aleccionar.
Alindarse (el viejo, etc).	Ataviarse, etc.
Alivianar.....	Aliviar.
Altor.....	Altura.
-Aludo (pájaro, sombrero).....	Alado.
Ambrollar.....	Embrollar.
Anchor.....	Anchura.
Andada. . . . .	Paseo, caminata.
Anedir.....	Añadir.
Anque.....	Aunque.
Anrique.....	Enrique.
Ansa (dar ansa al malvado).....	Dar asa...
-Ansiedad.....	Ansia.
-Aparatoso.....	Pomposo.
Apensionar . . . . .	Pensionar.
Apercebir, apercebimiento. . . . .	Apercibir, apercebimiento.

-Apertura.....	Abertura.
Apesarar. ....	Apesadumbrar.
-Apresar (a un delincuente)...	Aprisionar.
Arbedrío.....	Albedrío.
Arbitral (juicio, sentencia)...	Arbitrario.
Arbitrar los medios de escapar, etc.....	Discurrir.
Ardentía .....	Ardor.
Ardil .....	Ardid.
Argullo .....	Orgullo.
-Arismética.....	Aritmética.
-Arrancada (de arrancada)...	De vencida.
Arrancadura.....	Arranque.
-Arrebato. ....	Rebato.
Arredrar.....	Atemorizar.
Arremueco .....	Arrumaco.
-Arrinconado, arrinconamiento	Retirado, retiro.
Arritranca.....	Retranca.
Artería, artero.....	Astucia, astuto.
Asecho.....	Asechanza.
Aserrín.....	Serrín.
Asiduidad .....	Frecuencia.
Asonada .....	Tumulto.
-Astrología (ciencia). ....	Astronomía.
Aucción, aucto, auctivo.....	Acción, acto, activo.
Autual.....	Actual.
Avenimiento, avenencia.....	Convenio, ajuste <sup>3</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Abril 27 de 1842.

<sup>3</sup> Este breve lexicón no se continúa publicando, a pesar de que su autor así lo anuncia al término de esta primera entrega. Son tan atinadas las observaciones de *Un recoleto* primero y de *Un quidam* (Andrés Bello) en seguida que el trabajo de Fernández Garfias queda, pues, inconcluso. N. P.

## SEÑORES EE. DE *EL MERCURIO*

Sírvanse ustedes admitir en su apreciable periódico, las siguientes líneas que creemos serán de algún provecho.

Nada más laudable, a nuestro modo de entender, que el celo de que se hallan animadas muchas personas cuando se dirige a estirpar los infinitos vicios de todos géneros con que, por decirlo así, se encuentran connaturalizadas las sociedades. Sería fatigarnos en balde mencionar, para apoyar nuestra aserción, los nombres de tantos ilustres varones que en todos los tiempos han consagrado, no una parte de su vida, sino toda ella a tan noble y filantrópico fin; pero basta de exordio, y vamos al objeto que nos hemos propuesto.

En verdad que vimos con el mayor placer en *El Mercurio* del 27 del presente, el epígrafe, *Ejercicios populares de la lengua castellana*, precediendo a un artículo editorial. Por estar altamente convencidos

de que el estudio de la lengua patria, debe ser el primer paso que dé la juventud al entrar al mundo literario; miramos con el más grande interés todo aquello que tiene relación con el idioma nativo. Efectivamente ¿qué cosa más necesaria que poder expresar los pensamientos de un modo claro y preciso para darnos a entender de nuestros iguales? ¿Y cómo podríamos lograrlo, sin tener un conocimiento exacto de las voces; sin saber coordinarlas conforme al oficio que cada una desempeña en el discurso; sin haber hecho un estudio particular y detenido de nuestra lengua? Empero, pasemos adelante, que no es de nuestro propósito disertar acerca de la utilidad del conocimiento de la propia lengua. Léimos con gusto el artículo, cuyo título hemos indicado arriba; pero bien pronto nos ocupó el disgusto, apenas hubimos llegado al vocabulario, cuyo objeto es fijar el uso de ciertas palabras y desterrar otras que se emplean, según el vocabulista, con poca propiedad. Veamos si desempeña su objeto.

El vocabulista designa las palabras, adolorido, agangrenarse, alezna, ansiedad, ardentía, apertura, arismética, artería, artero, asiduidad, asonada, avencia, como anticuadas, y a las que sustituye, dolorido, gangrenarse, lezna, ansia, ardor, abertura, aritmética, astucia, astuto, frecuencia, tumulto, ajuste. No sabemos en qué puede fundarse; pues la Academia Española, nuestro norte, no dice otro tanto. Para dar mayor peso a nuestra crítica consultemos el uso, juez, cuya decisión es de tanta fuerza como la de la Academia, y examinemos si las voces notadas por el vocabulista como anticuadas, llevan

o no el cuño del uso corriente. Fijémonos en la voz apertura.

¿Cuál podría citársenos más autorizada ni más admitida?

¿Quién no dice, aperturas de las Cámaras, apertura de un colegio, apertura de una clase, etc.? Al paso que miramos como insólito decir abertura de las Cámaras, abertura de un colegio, abertura de una clase, etc. Si el señor vocabulista toma la palabra abertura en la segunda acepción; como a nadie ha ocurrido sustituirla en ese sentido apertura; carece pues, de fundamento aun en este caso el notarla de anticuada. La misma crítica, y aun más severa merecen todas las palabras susodichas, y muy particularmente asonada y tumulto, avenencia y ajuste, artería y astucia, artero y astuto. La palabra astronomía debe usarse, y no astrología según el vocabulista: y como suponemos a sus discípulos deseosos de hacer aplicaciones de su vocabulario, bien pronto tendríamos una nueva ciencia, astronomía judiciaria. Faltábale, pues, al vocabulista indicar en qué caso debía usarse astronomía por astrología. A acezar, acezo, las subroga por jadear, jadeo; admitimos la segunda sustituta, mas la primera de ninguna manera; pues, ni es voz anticuada, ni jamás se ha usado otra para expresar lo que expresa. Aserrín se encuentra en el vocabulario sustituido por serrín; ignoramos el motivo que ha tenido el vocabulista para hacerlo así, pues según su mismo modo de pensar debería decirse aserraduras; palabra que no ha notado. También haremos ver que es defectuoso su vocabulario por no encontrarse en él las palabras

aprieta, añudar, etc., que deberían hallarse según el vocabulista.

Por otra parte, se equivoca grandemente al atribuir a los chilenos tácitamente, aunque sea el pueblo bajo, los barbarismos anque, argullo, Anrique; voces que ni los mamones adulteran.

Finalmente, es defectuoso el vocabulario por no contener una multitud de palabras admitidas, aun entre las personas que se llaman ilustradas, y muy particularmente entre la imberbe ralea; tales son ancheta, almatroste, aturullar, azucarera, azar, aspamiento, etc., voces que o no existen, o se les atribuye un significado que jamás han tenido, ni tendrán.

Concluiremos diciendo que al hacer estas ligeras observaciones, estamos muy distantes de ser instigados por una rastrera emulación; antes bien desearíamos que el señor vocabulista continuase en su utilísimo trabajo, mas no del modo que hasta aquí lo ha hecho propagando errores, tanto más perniciosos cuanto vienen cubiertos con la capa de la reforma<sup>1</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 1.º de 1842.

<sup>1</sup> Este artículo aparece firmado con el seudónimo *Un recoleto*. Los seudónimos ocasionales, como es lógico, no han sido recogidos ni por José Toribio Medina en su *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos*. Buenos Aires, Imp. de la Universidad, 1925 ni por Guillermo López en su *Índice de seudónimos*. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1939. De modo que no sé a quién atribuir este curioso e interesante artículo. N. P.



## SEÑORES EDITORES DE *EL MERCURIO*

Hemos visto en el número 4072 de su apreciable periódico bajo el epígrafe *Ejercicios populares de lengua castellana*, un catálogo de voces distribuídas en dos columnas que expresan; la primera la forma en que se dicen, y la segunda en la que a juicio del autor deben decirse. No entraremos por ahora en un análisis individual de los errores groseros e imperdonables en que incurre el autor de este «ejercicio» cuya lectura lo ha sido muy grande de nuestra paciencia. Para ello se necesitaría de más tiempo del que por ahora podemos disponer; y creemos urgente dirigir a ustedes estas cuatro líneas para que atajen el mal en su origen, antes que se apure el vocabulario iniciado, y se acabe de difundir una idea muy mezquina de nuestra ilustración entre los extranjeros que recorran las columnas del citado número.

Dejando a un lado otras muchas faltas notables del articulista, nos fijaremos en la reprobación que

hace de las voces abyección y abyecto, adolorido, ansiedad, apertura, arredrar, artería, artero, asiduidad, asonada, avenimiento, avenencia, que lejos de poderse censurar con justicia, se oyen todos los días empleadas por personas educadas y se ven a cada paso en los mejores escritores de nuestro idioma, no teniendo algunos de ellos un equivalente exacto que los reemplace.

En cuanto a dicciones anticuadas no creemos se deba seguir ciegamente la autoridad del diccionario. El estar o no anticuada una palabra es un simple hecho, que puede existir en España o en otra parte y no existir en Chile. Así es, que cuando se nos previene que debemos decir alero de tejado y no aleta, se presenta como arcaísmo lo que, de ningún modo lo es entre nosotros; y es falso y falsísimo decir en Chile que la expresión «aleta del tejado, no se oye sino en boca de la gente vulgar y común». También es un solemne desatino querer que el pueblo diga hilo de acarreo en vez de hilo de acarreto. La primera locución nada significa: la segunda es, según el diccionario, un andalucismo y está generalmente recibido en Chile donde se han aclimatado del mismo modo otros muchos idiotismos de esta provincia. Al preceptuar que en vez de Astrología (ciencia) se debe decir astronomía, parece que el autor se ha propuesto darnos la última prueba de su ignorancia, constituyéndose uno de aquellos maestros «culpables por su descuido y la poca afección que tienen a honrar nuestra lengua». Ésta se empobrecería y pervertiría hasta lo sumo si por desgracia se hiciesen populares los ejercicios a que aludimos; por lo que su-

plicamos a ustedes, señores editores, en nombre de nuestro hermoso idioma castellano, en nombre del sentido común y del buen gusto, rudamente ultrajados por nuestro «ejercitante», no presten sus columnas a ulteriores publicaciones de este género.

T. R. E. S.<sup>1</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 3 de 1842.

<sup>1</sup> La misma observación puesta en la nota del artículo titulado, *Señores E.E. de El Mercurio* de 1 de Mayo de 1842, se puede aplicar al presente comentario. N. P.

## SE CONTESTA A UN COMUNICADO

*Domingo F. Sarmiento*

El autor del comunicado segundo, que publicamos en nuestro número del martes, nos recomienda que nos abstengamos de dar cabida en nuestras columnas a asuntos como el vocabulario de *Ejercicios populares*; otros consideran que nosotros debimos, al darlo a luz, notar sus defectos, y no faltan malos lectores que hayan entendido que el editorial con que lo anunciamos y el vocabulario eran una misma cosa, ambos hijos de un mismo padre. Ni nos es posible siempre evitar ciertas publicaciones que no dañando a persona determinada, llevan en su misma parición aparejado su correctivo, ni nos hacemos un deber de hacer la crítica de los materiales que se nos transmiten para darles publicidad. Dejamos casi siempre al público el cuidado de examinar estas producciones extrañas a la redacción, y, cuando más, nos

extendemos a sacar de ellas una generalidad o una idea útil para desenvolverla.

A propósito de los *Ejercicios populares* que insertábamos, quisimos demostrar la utilidad de esos trabajos para la instrucción del pueblo, alias vulgo, y lo acertado del medio adoptado. Quisiéramos además que cuando uno de nuestros jóvenes dedica al público la primera ofrenda de su anhelo por la mejora pública, no sea ésta desechada sin miramiento ni cortesía. La crítica debe corregir y no matar, y por más que digan, más vale un trabajo imperfecto que el que no haya ninguno. El examen revela los defectos, la discusión los determina y el convencimiento final los hace desaparecer. Este camino han llevado todos los progresos humanos. No será de prometerse que nadie emprenda la confección del librito que indicamos en nuestro precitado artículo, ya que tan mal parado ha quedado el que primero intentó algo semejante.

Nosotros vamos a defender ahora al caído contra lo que previene el adagio. Por no haber comprendido el objeto y fines enteramente populares del vocabulista, han andado escandalizándose los críticos con la sustitución de la palabra *astronomía* en lugar de astrología. ¡Y bien! ¿es cierto que nuestras gentes vulgares (se entiende que entra en esta clase alguna parte, aunque pequeña, de la que lleva fraque) llaman astrología a la astronomía, y astrólogos a los astrónomos? Cansados estamos de oírlo. Y a propósito de este *cansados* y otros modismos vulgares que exprofeso usamos en nuestro artículo sobre los tan vituperados *Ejercicios populares*, nos ha llenado de

satisfacción la indirecta contestación que nos ha dado el comunicado sobre una cuestión que indirectamente proponíamos, a saber, si nosotros debíamos repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, al mismo tiempo que adoptamos los que usan los escritores españoles. Se ha alegado en el comunicado que el que *aleta* del tejado sea anticuado en España, no es razón para repudiarlo entre nosotros, puesto que esta expresión es usada por toda clase de gentes. Hay en esta solución una solución liberal, aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos.

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 7 de 1842.

## EJERCICIOS POPULARES DE LENGUA CASTELLANA

*Andrés Bello*

Esperando ver su continuación en otro número para dar más interés a algunas observaciones que desde luego pensé dirigir a *El Mercurio*, he visto entre tanto dos refutaciones (contraídas sólo a dichos ejercicios) y bruscamente depresiva la segunda, del laudable interés en ofrecer algo de útil a la instrucción popular; pues tanto de las observaciones acertadas que se hagan en semejante materia como de una fundada y cortés impugnación de los errores, el público iliterato saca no poco fruto.

Esta consideración me hace añadir el fundamento de lo que a mi juicio se ha criticado muy a la ligera, y aun de lo que se ha omitido en las contestaciones anteriores; no pudiendo menos que disentir al mismo tiempo de los ilustrados redactores de *El Mercurio* en la parte de su artículo que precede a los ejercicios, en que se muestran tan licenciosamente populares en

cuanto a lo que debe ser el lenguaje, como rigoristas y algún tanto arbitrario el autor de aquéllos.

A la verdad que no para las mientes (no que los monos) el avanzado aserto de los redactores, atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje; pues parece tan opuesto al buen sentido, y tan absurdo y arbitrario, como lo que añade del oficio de los gramáticos. Jamás han sido ni serán excluidos de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores; pues, ignorantes de otras lenguas, no tienen de donde sacarlos. Semejante plaga para la claridad y pureza del español es tan sólo transmitida por los que iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura se lanzan a escribir según la versión que más han leído.

*En idioma jenízaro y mestizo,  
Diciendo a cada voz: yo te bautizo  
Con el agua del Tajo;  
Aunque alguno del Sena se la trajo  
Y rabie Garcilaso enhorabuena;  
Que si él hablaba lengua castellana,  
Yo hablo la lengua que me da la gana.*

*Iriarte*

Contra estos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en



expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado por útil convención de la sociedad fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerando el castellano en un dialecto español - gálico que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense.

*Yo conocí en Madrid una condesa,  
que aprendió a estornudar a la francesa.*

Si el estilo es el hombre, según Montaigne,<sup>1</sup> ¿cómo podría permitirse al pueblo la formación a su antojo

<sup>1</sup> En la atribución de la sentencia: *el estilo es el hombre* hay un error de conocimiento. Buffon, al incorporarse a la Academia Francesa en 1753, no hallando qué decir de su virtuoso, aunque insignificante antecesor, Languet de Gergy, formula sus normas para el idioma escrito. Esa pieza oratoria se conoce con el nombre de *Discurso sobre el estilo*. Encuadra sus observaciones en cinco puntos. En el quinto, en pasaje digno de recordarse, dice: «Las obras bien escritas serán las únicas que pasarán a la posteridad; la cantidad de los conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad misma de los descubrimientos, no son garantías seguras de inmortalidad, si las obras que los contienen sólo rozan objetos pequeños, si están escritas sin gusto, sin nobleza, sin genio, perecerán porque los conocimientos, hechos y descubrimientos desaparecen fácilmente; se transforman y aun ganan al ser compuestos por manos hábiles. Estas cosas están fuera del hombre, el estilo es el hombre mismo.» Por consiguiente, la sentencia: *el estilo es el hombre* no la ha dicho Buffon; es una forma adulterada de

del lenguaje, resultando que cada cual vendría a tener el suyo, y concluiríamos por otra Babel? En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades; como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico - licenciosa <sup>2</sup> del lenguaje, los que por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese en su último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días, es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

Pero pasemos ya a los *Ejercicios populares de lengua castellana*. El autor incurre en algunas equivocaciones, ya por el principio erróneo de que no deben usarse en Chile palabras anticuadas en España, ya porque confunde la acepción de otras con la de equi-

su pensamiento, pensamiento que viene a ser: el estilo es en cierto modo el carácter propio del hombre. Por otra parte, la frase aislada: *el estilo es el hombre mismo*, se presta a falsas interpretaciones. De ahí que no sea lógico compararla, aunque la recuerde, con la de Séneca: *Oratio vultus animi est*: el estilo es el espejo del alma. N. P.

<sup>2</sup> Obsérvese este juicio de Bello sobre el romanticismo. Sin embargo, es admirable que con más de 61 años de edad el sabio caraqueño conserve plasticidad espiritual, y en los años inmediatamente posteriores llegue a ser un poeta semi romántico, como lo califica con acierto el eminente polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo. Acerca de la controversia sobre la escuela romántica se pueden ver: *La generación chilena de 1842*. Santiago, Universidad de Chile, 1943 y *La polémica del romanticismo en 1842*. Buenos Aires, Américalée, 1943, N. P.

valentes que no pueden serlo. En cuanto a lo primero, dejarían de usarse en España por la misma razón las palabras que se anticúan en Chile y demás puntos de la Península; reduciendo así a mezquino caudal una lengua tan rica; así no hay por qué repudiar, a lo menos en el lenguaje hablado, las palabras criticadas, abusión, acarreto, acriminar, acuerdo, adolorido, agravación, aleta, alindarse, alado, arbitrar, arrancada, arrebató, asecho, Con mucha menos razón las voces acezar, que expresa más que ja-dear, esto es, respirar con suma dificultad; ansiedad, inquietud y ansia, deseo vehemente; apertura de colegios, de clases, etc. y abertura de objetos materiales, como de mesa, pared; arredrar, es retraer a uno de lo intentado o comenzado, y atemorizar es infundir temor; artero se aplica a lo falaz y engañoso; y astuto, a lo sagaz y premeditado; asiduidad es tesón, constancia; frecuencia es repetición de actos que pueden ser interrumpidos; así puede uno asistir con frecuencia al colegio, pero no con asiduidad; arrinconado, dice mucho más que retirado; oigamos si no a Ercilla, despidiéndose de las musas en su canto 37:<sup>3</sup>

*Que el disfavor cobarde que me tiene  
Arrinconado en la miseria suma,  
Me suspende la mano y la detiene  
Haciéndome que pare aquí la pluma.*

<sup>3</sup> Tanto en *Obras*, p. 257, t. I, como en *Prosa de ver y pensar*, p. 144 de Sarmiento, libros en los que se reproduce este artículo de Bello, se desliza una grave errata. En efecto, por decir 37 dice 27. Y bien, quien conozca *La Araucana* de Ercilla sabe que aquel poema consta de treinta y siete cantos, y el ilustre caraqueño da a entender que se trata de los últimos versos del autor, cuando dice: «... Despidiéndose de las musas»... Esta errata ha salido, pues, dura de pelar. N. P.

¡Cuán viva imagen nos presenta aquí la expresión arrinconado! Reemplazado por retirado, quedaría una insípida vulgaridad. Finalmente las palabras asonada, avenencia, ni aun están anticuadas en el diccionario. <sup>4</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 12 de 1842.

<sup>4</sup> Andrés Bello vive desde 1781 a 1865. Su existencia se puede dividir en tres partes: hasta 1810 en Venezuela, hasta 1829 en Inglaterra, hasta 1865 en Chile. A cada una corresponde: la preparación del intelectual, la formación del erudito y la función del maestro. Sobre el genial venezolano hay una numerosa bibliografía. La mejor obra biográfica acerca del autor de la *Gramática de la lengua castellana* sigue siendo la de Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*. Santiago, Imp. Ramírez, 1882. Datos críticos y bibliográficos sobre el eminente filólogo hay en mi libro *La generación chilena de 1842*. N. P.

## CONTESTACION A UN QUIDAM

*Domingo Faustino Sarmiento*

En idioma genízaro y mestizo,  
Diciendo a cada voz: yo te bautizo  
Con el agua del Tajo;  
Aunque alguno del Sena se la trajo  
Y rabie Garcilaso enhorabuena;  
Que si él hablaba lengua castellana,  
Yo hablo la lengua que me da la gana.

*Iriarte*

Yo conocí en Madrid una condesa,  
Que aprendió a estornudar a la francesa.

*Isla*

Aceptamos con costas y perjuicios el cargo que con la aplicación de estos versos nos hace el autor de un comunicado que suscripto *Un quidam* y bajo el epígrafe *Ejercicios populares* insertamos en nuestro número del 12. No nos proponemos demostrar que dicha aplicación es inexacta, ni menos que nosotros vamos por el buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan *licenciosamente populares* en materia de lenguaje. En estas cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones saca-

das de ciertos hechos establecidos, o que pugnan por establecerse, y sin una doctrina o una teoría aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe, sobre cuya evidencia no nos es dado alimentar ningún género de duda, examinamos los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, deducimos a *posteriori* la teoría que les da existencia. Sabemos muy bien que la licencia de nuestras ideas en la materia de que hemos tratado en el artículo que precedió a los *Ejercicios populares* y que tantos comunicados ha improvisado, va a suscitar, con nuestras nuevas explicaciones, mayores y más altos clamores de parte de los rigoristas que, apegados a las formas del lenguaje, se curan muy poco de las ideas, los accidentes y vicisitudes que lo modifican. Pero nuestro ánimo es sólo explicar la causa sin justificar los efectos; decimos por qué sucede tal cosa, sin entrometernos a averiguar si esta cosa es buena o mala. Así, cuando se habla de extranjerismos, cuya introducción en el castellano atribuye nuestro *Quidam* a los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin el *conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, obrada por estos medios, no inculcamos sobre la degradación del idioma, sino que acusamos las causas que la motivan, y que la justifican acaso.

Hemos escogido por tema de nuestras observaciones las amargas burlas de Iriarte e Isla, no tan sólo por lo que pueden convenirnos, sino porque ellas revelan un hecho que nos servirá de punto de partida. Iriarte e Isla nacieron muy a principios del siglo

XVIII, por manera que la invasión del galicismo sobre la unidad del castellano se ha hecho notar de ciento cincuenta años a esta parte. ¿Por qué no se quejaban entónces Iriarte e Isla, y por qué no se quejan ahora como entonces los gramáticos de los *tartarismos* o los *indianismos* que se introducen en el idioma? Sin duda porque no está amenazado de estas invasiones lejanas. Y luego, si el *gálico* trata de degradar el español, ¿es por ventura a causa de la vecindad de la España con la Francia? No por cierto, porque en Chile se deja hoy sentir esta maléfica influencia, según la nota el *Quidam*, y ya hay un pueblo en América cuyo lenguaje va degenerando en un *español-gálico*; de donde se colige que hay una causa general que hace sentir sus efectos dondequiera que se habla la lengua castellana, en la Península como en las repúblicas de América. Y cuando se nos replica que allá como aquí es causada esta revolución por los que, *iniciados en los idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, preguntamos ¿por qué los tales estudian con preferencia los idiomas extraños? ¿Qué buscan en ellos que no hallen en el suyo propio? ¿Se quejan los franceses o ingleses de los españolismos que se introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles, que no son *puramente* gramáticos, no estudian los admirables modelos de su rica literatura, y van a estudiar las literaturas extranjeras, y luego se lanzan a escribir *según la versión que más han leído*? ¡Oh! ¡Según la versión que más han leído! he aquí la solución del problema, solu-

ción que nuestro *Quidam* sin profundizar, sin comprender siquiera, nos arroja con desdén y creyendo avergonzarnos con ella. Eso es, pues escriben según la versión que más leen, y no es culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo y Dumas y Delavigne y Scribe y hasta Ducange: y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia y costumbres nacionales, hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais. ¿Con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a nuestras necesidades actuales, se quiere que vayan a exhumarse esas antiguallas venerandas del padre Isla y Santa Tere-



sa y Fray Luis de León y el de Granada, y todos esos modelos tan decantados que se proponen a la juventud? ¿Para adquirir las formas? ¿Y quién suministra el fondo de las ideas, la materia primera en que han de ensayarse?

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso, y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente: que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí esas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado. Esa es la posición del idioma español que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan.

Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad; apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen, señalamos lo que los puristas en el estrecho círculo en que se han encerrado no alcanzan a comprender, y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos (porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a tan estériles estudios) no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos. Y no hablamos en esto de memoria, como suele decirse. Vamos a producir nuestras pruebas. Hemos tomado a la ventura el

catálogo de una de nuestras librerías, y de cerca de quinientas obras en castellano, sólo cincuenta son originales, y entre ellas ocupan un largo espacio obras como éstas: *Avisos de Santa Teresa*, *Camino real de la Cruz*, *Despertador eucarístico*, etc., etc.

En el Instituto Nacional, exceptuando muy pocos casos, todos los libros de que se hace uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero, y en el prólogo de una de las gramáticas formadas entre nosotros, hallamos estas instructivas palabras: «En la analogía me he valido de las gramáticas de Ordinaire, de Lefranc y de la que se titula el *Arte explicado*; en sintaxis, el nuevo método de Port-Royal, el curso de lengua latina por Lemarc y la gramática de Lefranc, etc.»

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros *admirables modelos*, debían ocuparse con más aprovechamiento de sus discípulos, de enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas, porque ésta es la ocupación primordial del castellano. La España aun no está libre hoy de esa cadena que ha pesado sobre su cuello durante tantos siglos: privada por la Inquisición y el despotismo de participar del movimiento de ideas que con el Renacimiento había principiado en todos los otros pueblos; dominada entonces por ese mismo odio a todo lo que era libre y repugnaba con su unidad católica y su reconcentración despótica que muestran los celosos partidarios de la imposible incolumidad de la lengua, quedóse sola en Europa y renunció a su poder marítimo, terrestre, litera-

rio y científico; y cuando la mano de la libertad ha venido a despertarla en nuestros tiempos, como despertó a sus colonias, halló a la madre y a las hijas en la miseria y en la ignorancia, sin tradiciones, sin arte y sin ideas. Desde entonces madre e hijas van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas; y con cortas diferencias van a la par pidiendo cada una de su propia cuenta, porque las necesidades son casi iguales. De aquí nace que la España y sus colonias se alarman con los extranjerismos que deponen en su idioma las ideas que de todas partes importan. Trabájese en España como en Chile en la adquisición de las luces que poseen los extraños, y en España como en Chile se levantan clamores insensatos contra un mal inevitable. El pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía. Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca, como la alemana o la francesa, 4.000 obras originales al año, entonces desafiará a las otras extrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos.

Sin tratar de mirar en menos los esfuerzos que el naciente ingenio español hace hoy por elevarse y desplegar sus alas, no nos arredraremos de decir que la influencia del pensamiento de la Península será del todo nula entre nosotros; y que teniendo allí que alimentarse y tomar sus formas del extranjero, no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la

mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles. En el comercio de las letras, como en el de los artefactos, tenemos comercio libre, y, como españoles, importaremos de primera mano, naciendo de esta libertad misma y de otras con causas que en artículo separado señalaremos que, por más que rabie Garcilaso, bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, *aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que más hayan leído*, y que así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que no sabían latín, se conceda hoy criterio y luces a los que no han saludado, porque no lo han creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilaso, ni a los frailes de León y de Granada.

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 19 de 1842.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## SEGUNDA CONTESTACION A UN QUIDAM

*Domingo F. Sarmiento*

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanece casi enteramente concretada en esta clase, o en las que se le acercan.

*Tocqueville*

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

*Un Quidam*

Al contraponer estos dos fragmentos nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo

es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble, inscripto en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: «Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes. No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje.» ¡Qué es esto, por Dios! ¿Dónde está esa autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ése que tan ridículo halla confiar al pueblo la decisión de las leyes? He ahí, pues, los resultados; emplead toda vuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es extranjero, o si lo usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subíos a la cátedra a decir... ¿qué?... No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de las formas y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos y las formas de gobierno que hemos adoptado.

Creemos, sin embargo, que la palabra pueblo, tomada en un sentido aristocráticamente falso, ha contribuído al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso gene-

ral del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas. Cuando los idiomas, romances y prosistas en su infancia, llevaban el epíteto de vulgares con que el latín los oprimía, se formaron esas academias que reunieron e incorporaron la lengua nacional en un vocabulario que ha ido creciendo según que se extendía el círculo de ideas que representaban. En Inglaterra nunca ha habido academia, y no obstante ser el inglés el idioma más cosmopolita y más sin conciencia para arrebatarse palabras a todos los idiomas, no ha habido allí tal Babel ni tal Babilonia como el *Quidam* y Hermosilla se lo temen. En Francia hay una ilustrada academia de la lengua, pero a más de que se ocupa de asuntos más serios que recopilar palabras, su diccionario no hace fe, y muchos hay, escritos y publicados sin su anuencia, que son más abundantes de frases y de modismos, y que por tanto son más populares. Otro tanto sucederá en España cuando sea más barata la impresión de libros, y aun ahora empieza a suceder.

Cuando hemos señalado la influencia que la literatura francesa ejerce sobre nuestras ideas, y por consecuencia en nuestra manera de expresarlas, hemos creído indicar las causas que perturban el lenguaje, y la noble disculpa que hallarán a los ojos de la cultura intelectual, ya que la gramática se muestra tan terca, los que embebecidos en los idiomas extraños de que sacan abundante nutrimento, andan perezosos en consultar a los escritores originales que no pueden

ofrecerles sino formas heladas y estériles. Quisiéramos que nuestro antagonista, ahorrándonos cuestiones que no lo son en realidad, examinase los elementos que constituyen nuestra propia lengua, para que se convenza de que los pueblos en masa, y no las academias, forman los idiomas. Encontraría entonces impresos en el nuestro las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado o subyugado la península. El idioma de un pueblo es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu. Cuando Roma conoció la civilización griega, el latín abrió sus puertas a las palabras que le traían nuevas ideas; a su turno la civilización latina, apoyada en las legiones romanas, encarnó su idioma en los pueblos conquistados; el francés recibió de la emigración griega de Constantino-pla un fuerte sacudimiento; y el inglés ha continuado, después de haberse impregnado de voces hebreas, latinas y griegas en sus estudios de la Biblia, al regreso de cada buque importando una palabra más para su diccionario.

Pero una influencia más poderosa, porque es más popular, empieza a sentirse en todos los idiomas modernos, y que el castellano sufre también, en razón de la nueva organización que las sociedades modernas han recibido. Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes



y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla y la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección y superficialidad de la prensa periódica y las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos hombres nuevos, audaces y emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas y excepcionales de cada idioma, y forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo y el progreso hayan sacado al arte como los idiomas de la crisis que hoy experimentan. En vano será decirle a Víctor Hugo, que asesina el idioma, que aprenda a escribir. Inútil; seguirá adelante con paso firme arrastrando en pos de sí a la multitud encantada, hasta ir a sentarse, quieran que no, en las sillas académicas. ¿Qué hacer, Dios mío, con un Dumas que sólo sabe leer y escribir y se mete a componer dramas y se sienta tranquilo en una luneta, a esperar los aplausos que en efecto le prodiga el público más quisquilloso y más inteligente del mundo? ¿Qué hacer? Darle un asiento en la academia y dejarlo.

Un escritor francés que ha conquistado también una silla en esa academia de sabios, arrojando a la luz pública un libro que a su turno ha echado un torrente

de luces sobre la condición de las sociedades modernas y de las antiguas, de las sociedades aristocráticas y de las democráticas, ha caracterizado admirablemente el tono de los escritos y de la literatura de ambas sociedades. Hablando de la primera dice: «El estilo en ellas parecerá tan importante como la *idea*, la *forma* como el *fondo*; su tono será correcto, moderado, sostenido. El espíritu marchará allí con un paso siempre noble, rara vez con un aire vivo; y los escritores se empeñarán más bien en *perfeccionar* que en *producir*.» Hablando de la segunda: «Tomando en su conjunto, dice, la literatura de las sociedades democráticas, no podría, como en los tiempos de la aristocracia, presentar la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte, encontrándose por el contrario *descuidada la forma y a veces despreciada*. El estilo se mostrará, por lo general, extravagante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente.» Y bien, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans façon*

ante un público ilustrado, le dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero *quidam*, que no ha obtenido los honores del colegio ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. *A cada uno según sus obras*, ésta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana, porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no pide ni consiente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la Babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos.

¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, ¡nosotros aquí, apeándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso! Y luego achacando a atraso «el de un pueblo americano en otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto españolgálico»... Entendámonos. Si se habla de los periódicos que redacta el puñal del tirano, convenido,

porque allí no hay un hombre ilustrado, un hombre de conciencia; si se habla de lo que escriben los que representan la civilización de aquel país, convenido también; pero hay que notar un hecho, y es que estos literatos, *bastardos* como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin alientos ni capacidad de mover una mano para imitarlos. ¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno?... ¿Al clima que hiela las almas?... ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación?... ¡Bella solución, por cierto, que no sólo condena a la impotencia y a la esterilidad la generación presente, sino que insulta a las venideras, y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en

lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entoncés habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud el estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuan-

do lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Más bien que contestar a nuestro antagonista, hemos querido combatir doctrinas que están generalmente admitidas como inconcusas; y cuando se nos acusa de incorrectos y de *gállicos*, hemos sin negarlo, sin paliarlo siquiera, mostrado la irresistible arma que nos causa esas heridas. Hemos querido en cuanto a formas manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, *para los que no están instruídos sino en palabra*; y como el zapador que pone fuego a la mecha, aguardamos impasibles la explosión de la mina, sonriéndonos de antemano de la sorpresa o de la rabia del enemigo que en sus atrincheramientos se siente herido, sin saber de dónde ni por quién.

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 22 de 1842.

## AL SEÑOR REDACTOR DE *EL MERCURIO*

*José María Núñez*

Bravo, mi amigo, bravo. Nos ha fletado usted con un soberbio artículo. ¡Qué artículo! . . . Nuestra menguada juventud encerrada en el gótico edificio de la antigua escuela, estrechada entre angostas paredes, pálida, entumecida con la fría sombra de aquella prisión, daba un gemido al soltar al papel cada palabra. ¡Desgraciada, que no tenía aliento, ni capacidad para romper sus cadenas! Usted con planta erguida, con la noble desenvoltura del genio, se acerca y de dos tajos echa por tierra el lúgubre edificio, y nos restituye a la luz y a la libertad. ¡Lo que vale la arrogancia! . . .

¿Hasta cuándo el entendimiento sutil, impalpable había de estar con mengua del don de agilidad, su esencial constitutivo, aherrojado en miserables redes? ¿Por qué habíamos de vivir condenados a no pronun-

ciar más palabras que las que salieron de la boca de Garcilaso o Cervantes? Principios absurdos han mantenido al género humano por más de treinta centurias maniatado con voluntarias ligaduras: es tiempo ya de que goce esa libertad jamás conocida, que sacuda su yugo, que alce la cabeza para respirar el aire vivificante de la región de los ensueños. A tí, San Juan, «pequeño entre las aldeas de Judá,» estaba reservada la gloria de dar al mundo su nuevo redentor. ¡Salve una y mil veces!

Valor, mi amigo, la empresa es ardua, pero gloriosa: mil añejas preocupaciones como guijarros que estorban el paso al caminante, han de contener a usted en su triunfante marcha; no hay que hacer caso; adelante. No faltan a usted apasionados secuaces, que con la risa en los labios, señal de gozo, se complacen en su hechicera doctrina: tampoco faltan otros valientes campeones que con espada en mano proclamarán al profeta. Yo me inscribo desde luego en el número de estos guerreros, y juro por esta misma independencia que se nos acaba de revelar, que no volveré al descanso hasta que la imaginación ande sin estorbos por prados, por precipicios, por cloacas, si le da la gana (que para eso la ha creado Dios), y hasta que la lengua emancipada del frenillo se mueva por acá, por acullá, como badajo de campanilla.

La campaña, empero, se ha abierto a la primera señal. Los aristócratas con sus reglas y su purismo enristran las plumas; débiles armas que no resisten al acero bien templado de los demócratas. Un susurro general se siente: salen de todas partes aquello que los castellanos llaman carcajada y que nosotros



no sabemos todavía como llamar en el nuevo idioma. ¡Qué importa! Pronto desaparecerá esta voz castiza, y cuando aprendamos de los ingleses o de los franceses el modo de reir, oirán también los aristócratas nuestros *éclats de rire*, o, *loud laughter*. Por ahora no hay más que disparatear para que los que vengan atrás corrijan. ¿No es esto? A fe que nadie me ha de ganar en esta táctica sublime, a mí que no he aprendido nada por principios, que tengo mis ideas tomadas al vuelo y hablo en todas las materias dogmáticamente. Sólo le tengo miedo a aquel campeón retrógrado absolutista de quién usted dice con tanta gracia que debía echársele del país por ostracismo. Con tanta gracia, digo, porque el recurso es ingenioso para deshacerse, sin cometer injusticia, de un literato que tan perjudicial ha sido a nuestra literatura, por el mismo hecho de ser más literato que nosotros. Los literatos no tan literatos tendrán entonces las cátedras y la regencia del pensamiento: la tendría usted, mi amigo, y nos repetiría sin cesar que las «fórmulas del pensamiento no merecen más atención que el pensamiento mismo, que debemos echar miradas observadoras sobre la patria, sus costumbres, sus instituciones, sus necesidades, que el pueblo y no las academias es el árbitro absoluto del lenguaje; nos enseñará, en fin, tantos otros arcanos que estaban ocultos hasta hoy a los ojos torpes de los chilenos».

¿Pero qué mucho si la perversidad de los estudios le ha extraviado el juicio? (De paso ¿es usted hombre para juzgar de los estudios de nuestras aulas? Alabo tanto saber y sigo adelante). Entonces, de-

cía, más que ahora, nos quedaríamos perláticos con la boca abierta, sabiendo que la paz que neciamente nos gloriábamos, como testimonio de nuestra cordura, es una zumba; y que para mejorar de condición debíamos importar a esta tierra bruta la ilustración transandina, fecunda en versos, representante (como es toda literatura) del estado de ese pueblo medio destruído, medio salvaje, en que el rencor de los partidos despedaza las entrañas de la patria, en que el degüello es un timbre de honor, en que los principios que se han llamado protectores de la virtud y de la propiedad han sido relevados por la inmoralidad y el pillaje, en que las sublimes concepciones de la mente no pierden su brillo por la torpeza del lenguaje en que se vierten, y en que se ha difundido, arraigado, entronizado un sistema de ideas que algunos creerán extraviado, pero que es el origen de la democrática anarquía que lo desorganizó del horrible despotismo que hoy lo consume. Venga esa literatura y la imaginación de los chilenos quedará libre de su engarrotamiento; venga esa ilustración y volarán avergonzadas las reglas que nos habían hecho modestos, tolerantes, pacíficos, pero que no nos permitían hacer versos.

Algunos dirán tal vez, porque ¿qué cosas no pueden decirse? que a pesar de haber echado usted tantas miradas al pueblo, a sus costumbres, etc., no ha acertado a encontrar la causa del engarrotamiento de nuestra imaginación, ni han atinado con la verdad en la cuestión literaria de «si debemos truncar y estropear el idioma español para expresar las ideas que hayamos adquirido en libros extranjeros». Yo les contestaré que esas ideas no tienen signos a propósito

en español, que los españoles no han sentido, ni pensado jamás para inventar palabras, y que el diccionario de su lengua es un volumen en blanco que está dispuesto para recibir en sus reglones vacíos las palabras inglesas, francesas, alemanas que nos han de venir con los conocimientos ingleses, franceses y alemanes; para que del conjunto de voces peregrinas, resulte una habla rica, sonora, variada, libre y arrogante en sus giros, majestuosa en sus locuciones, como debía serlo y no lo es, la que tenemos.

En fin, mi amigo, doy a usted el parabién, y me lo doy a mi mismo por su artículo del domingo, que será probablemente uno de esos rayos de los grandes luminaires de la época (v. g. el *Diccionario de la conversación*) que usted toma con mano sacerdotal y aplica con tanto acierto a nuestras circunstancias.

Hasta muy luego se despide de usted su afectísimo servidor.<sup>1</sup>

### *El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 27 de 1842.

<sup>1</sup> Este artículo lo firma *Otro quidam*, seudónimo de José María Núñez. Vive el aventajado discípulo de Andrés Bello entre 1812 y 1856. Es profesor de Gramática Castellana durante varios años en el Instituto Nacional. En 1842 es uno de los relatores de *El semanario de Santiago*. Desde ese mismo año se dedica a la enseñanza particular en el Colegio de Santiago y desde 1850 en el Liceo de Valparaíso. En 1846 su discípulo Manuel Cortés publica: *Lecciones de gramática castellana*, opúsculo normativo, y en sus páginas liminares el autor dice que tiene muy presentes las lecciones de su «muy distinguido profesor don José María Núñez». En literatura es Núñez neo-clásico. El cuarteto de austeros endecasílabos que está en el frontis del Cementerio General de Santiago de Chile es muestra de su temperamento poético:

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

---

*Esta que llamas tumba de los hombres  
porque en ella descansan sus cenizas,  
es la cima sagrada donde empieza  
a renacer el alma a mejor vida.*

Núñez ha dejado muchos artículos en *El Mercurio* y *El Diario de Valparaíso*, de los cuales acaso los tres que figuran en el presente volumen, sean los primeros reimpresos en libro. N. P.

A EL MERCURIO NUMEROS 4.094 Y 4.097

José María Núñez

*Les difficultés grammaticales arrêtent quelquefois les plus grands esprits et ne sont pas indignes de leur application.*

Préface du Dictionnaire de l'Académie.

Bien se deja ver en los artículos editoriales de los números citados de *El Mercurio*, su redactor no ha comprendido o no ha querido comprender la cuestión, extraviándola quizá de propósito de su verdadero punto, para eludir el ataque de su absurda doctrina, y dándole un colorido epigramático con dicharachos y <sup>fin</sup> chufletas que llenan el vacío material de un periódico, sin que de ellas pueda hacer mérito la juventud educanda a quien particularmente interesa la discusión de la materia, en la que gustoso vuelve a entrar *el quidam*, convidando para esclarecerla, al redactor de este periódico, a que lo siga en ella sin evasiones ni incongruencias.

Recogido el guante que en su artículo *Ejercicios populares de la lengua castellana*, usted arrojó cual to-

rrente impetuoso que sale de madre, aseverando «que el pueblo tiene en el lenguaje todo su predominio, y que los gramáticos, esto es, los académicos, están obligados a admitir mal de su grado los extranjerismos y vulgaridades chocantes», dije en mi refutación, bajo aquel epígrafe, número 4.087, que el pueblo (iliterato se entiende) no tenía semejante predominio, ni podía tenerlo, pues lo inverso fuera absurdo, un contrasentido, y que los extranjerismos, lejos de emanar de dicho pueblo, ignorante de otras lenguas, eran una plaga para la claridad y la pureza del castellano, transmitida solamente por los que iniciados en los idiomas extranjeros y sin el estudio de nuestros admirables modelos, se lanzan a escribir según la versión que más han leído; he aquí mis dos tesis en respuesta, a las que usted, señor redactor, ha objetado también en dos artículos, en los que igualmente necesito contestarle por seguir a usted con orden en sus ideas y por exigirlo la extensión de mi réplica, reservando la primera para mi artículo siguiente.

Dice usted, señor redactor, que deben justificarse los extranjerismos, «porque un pueblo que no vive de su propio pensamiento, tiene que importar de ajenas fuentes, con el limo y las arenas, el agua que ha de saciar su sed, porque el español ha dejado de ser maestro, para tomar el humilde puesto de aprendiz, porque tenemos que mendigar al extranjero las luces, de que carecemos, y en fin porque el pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte»; razones todas tan especiosas como fútiles a toda luz. Con que al verter ideas y aun al tomar palabras del francés o del inglés ¿hemos de fundirlas

en el giro, en la construcción, o para hablar a usted más a propósito, en la *tournure* respectiva de estos idiomas? Tal es el primer punto en cuestión que sólo podía ocurrir al redactor de *El Mercurio* y a su peregrina secta. Qué resultaría de la admisión de semejante principio, ya lo dije en mi anterior artículo, y lo han fundado muchísimos antes que yo. Cuando el inglés toma palabras del francés, no les da por cierto la construcción de este idioma, sino la suya nacional, y lo mismo sucede cuando el francés las toma del inglés: así, teniendo que tomar ideas o palabras del griego, del latín, del español, del alemán, ¿quién podría entenderse con los muchos helenismos, latinismos, hispanismos y germanismos? «Sólo los muy hábiles disectores que saben separar el hueso de la parte fibrosa que lo envuelve»; es decir, lo que deberían saber profundamente, a más de la literatura propia, la de cada una de las demás lenguas. Ahora bien, señor redactor, ¿qué hacen los eminentes Dumas y Víctor Hugo en sus escritos al formar voces nuevas en su lengua o al sacarlas de otras? ¿Han hecho locuciones exóticas? No: han formado combinaciones suyas, peculiares de su lengua: han hecho modismos atrevidos, pero felices, profundos en la fuerza del decir; han hecho en fin, enriqueciendo su lengua, lo que el sublime Bossuet en su época, Shakespeare y Byron, y Granada, y Cervantes, sin recibir el limo y las arenas de ajenas fuentes, como usted quiere, señor redactor; porque tanto sería exigir la adopción del pensamiento ajeno con el ropaje de su lengua, como que el hortelano hubiese de tomar la flor envuelta en el áspid que la daña.

Atribuye usted al atraso de la literatura castellana, a su completa parálisis en ciencias y artes, la necesidad de prohijar la dicción de las ideas extranjeras de que vivimos. Mas pregunte usted a los ingenios españoles que se han formado en la literatura inglesa y particularmente en la francesa ¿por qué, desechando los extranjerismos, han conservado y enriquecido el habla de Garcilaso y de Cervantes? Pregúntelo usted a Isla e Iriarte, a Moratín y Jovellanos, a Meléndez y Hermosilla, a Quintana y Martínez de la Rosa, a Mora y Saavedra, a Breton, y en fin a Larra. ¿Por qué han conservado la pureza, corrección y elegancia de los admirables modelos de Luis XIV de los españoles? ¿Por qué se leen y se leerán siempre con el mayor gusto el *Gil Blas de Santillana*, las *Fábulas literarias*, *La comedia nueva*, *El delincuente honrado* y las *Epístolas a Batilo*, los *Discursos forenses*, las *Anacreónticas*,<sup>a</sup> *El arte de hablar* y aun en el absurdo si se quiere, monstruoso jacobinismo, los *Españoles célebres*,<sup>b</sup> *El espíritu del siglo*, el *Don Opas*, *El moro expósito* y los *Romances históricos*, el *Muérete y verás* y la *Marcela* y finalmente los amenos e ingenio-

a) El verdadero título de la obra de Juan Meléndez Valdés, como se sabe, es *Odas anacreónticas*. La cursiva de los títulos es mía. Esta observación la hago extensiva a todos los títulos que figuran en el presente volumen. N. P.

b) La obra de Manuel José Quintana se titula *Vidas de españoles célebres*. Es exagerado el juicio de Núñez sobre las biografías del autor de la *Oda a la invención de la imprenta*. En efecto, nada tienen de jacobinas, esto es, revolucionarias. Son trabajos de mérito muy desigual. Sin embargo, aun hoy se puede leer con provecho su *Vida de Pizarro*. N. P.



sos artículos de Fígaro? <sup>c</sup>. Y si Quintana y Martínez de la Rosa fueron incorrectos y gálicos en sus primeras producciones, rectificaron su extravío, el primero con el ejemplo de los *Españoles célebres* y el segundo con *El espíritu del siglo*.

Tan respetables escritores se han nutrido de los tesoros extranjeros y en especial de la literatura francesa; y estos tesoros sólo ha sido beneficiados y vertidos en el abundante y hermoso español, que nunca ha dejado el puesto de maestro para ocupar el de aprendiz. ¿Mas en dónde no hacen otro tanto los escritores de las demás naciones? Los franceses a quienes usted es tan adicto, con sobrado fundamento, tendrán, sin embargo, para usted el defecto de ser nimios en el estudio de su idioma y defenderlo contra toda invasión. Consultemos si no a Voltaire, Boileau y aun a la misma Academia. Sí: consultemos a Voltaire que nos asegura que cuando iba a escribir en prosa se preparaba poco antes con la lectura de Massillon; cuando en verso con la de Racine. ¿Qué buscaba Voltaire? ¿Qué ideas, que relación podía buscar aquel asombroso ingenio entre unos sermones y los diferentes escritos de su pluma inmortal? Buscaba sin duda el lenguaje en que quería empaparse su construcción filosófica y analítica; en una palabra, la pureza y elegancia del bien decir. Veamos aun lo que sobre el mismo Voltaire nos dice Girault Duvi-

c) Nótese que de los títulos citados son de autores neoclásicos: Tomás de Iriarte, Leandro Fernández de Moratín, Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Meléndez Valdés, Manuel José Quintana y José Joaquín de Mora; son románticos: Francisco Martínez de la Rosa, Angel Saavedra, Bretón de los Herreros y José Mariano de Larra. No deja de ser oportuno, pues, recordar el a dagio de los bibliotecarios: «Dime lo que lees y te diré quién eres.» N. P.

vier;<sup>1</sup> lo que Boileau, en el canto I de su *Arte poética*, después de aconsejarnos que «antes de escribir aprendamos a pensar»<sup>2</sup>; lo que previene la misma Academia francesa en el epígrafe de este artículo, y concluimos que no hay una nación culta que no reconozca como un dogma literario, así la necesidad de la corrección y nacionalidad del estilo, como la de rechazar firmemente los vicios que la desnaturalizan y corrompen.

Por lo expuesto ya, verá usted, señor redactor, con que motivo de interés real y de aplicación práctica a la necesidad reconocida en todos los pueblos cultos, y prescrita por los primeros sabios, la tenemos nosotros de estudiar nuestra lengua en los admirables modelos que usted desdeña con el dictado de antiguallas, no sé si por ignorancia o por sistemática afectación de una escuela demagógica que ha de quedar aislada en su estrafalario propósito. Sepa usted, señor redactor, que hay en esas antiguallas a más de los primores de elocución, sin comprender que importancia la lógica del pensamiento, no poca ciencia que apro-

<sup>1</sup> *Consultons, sur le néologisme, Voltaire, dans ses questions sur l'Encyclopédie, au mot langue française, nous verrons avec quelle vigueur il s'oppose à cette manie d'innover sans cesse, et certes, Voltaire, n'était l'esclave ni de la routine ni des vieux usages; mais il a senti qu'une langue illustrée par les productions des écrivains du siècle de Louis XIV, devait s'arrêter, dans la crainte, comme il le dit lui-même, que la langue française, si polie, ne rede-vint barbare, et que l'on n'entendit plus les immortels ouvrages de ces grands écrivains.*

<sup>2</sup> *Surtout qu'en vos écrits la langue révéree  
 Dans vos plus grands excès vous soit toujours sacrée  
 En vain vous me frappez d'un son mélodieux  
 Si le terme est impropre, ou le tour vicieux*

.....  
 .....  
*Sans la langue, en un mot, l'auteur le plus divin  
 est toujours quoi qu'il fasse un méchant écrivain.*

vechar, y sin cuyo título no habrían sido alabados a porfía por los primeros literatos extranjeros, los Granadas, los Leones, los Avilas, los Cervantes, los Solís, los Mariana, los Lope de Vega, los Moretos y Calderones. Participe usted del entusiasmo con que hablan de ellos los ingleses: oiga usted a Voltaire, dando a Santa Teresa el renombre de divina y a Sismondi en su *Literatura del mediodía*,<sup>d</sup> analizando con una filosofía culminante las obras españolas, y tributando elogios a su mérito literario; vea en fin en el gran literato alemán don Juan Jorge Keil, el culto que profesan los alemanes a la literatura española, llegando a traducir todas las comedias de Calderón en sus propios metros, y haciéndolos representar entre ellos con el mayor interés y complacencia. Empero se reservaba a usted, señor editor, lo que llama usted formas en esas antiguallas; mas esas formas no son palabras aisladas, no son frases desnudas: son, según Bacon, citado por Mora, «la ciencia que nos enseña a descifrar todos los misterios del pensamiento, y a poner en perfecta armonía los trabajos interiores del espíritu y el trabajo exterior de los labios y de la pluma.»

Nos pondera usted el atraso de la literatura española y sus concausas, cosa tan sabida y repetida por tantos, a fin de probarnos que debemos buscar el saber en las lenguas extranjeras. Pero si como en prueba de nuestra exigüidad literaria tomó usted a la gruesa ventura un catálogo de libros españoles, la mayor parte traducidos, hubiese tomado casualmente otro catálogo más grueso, habría visto algunos más originales,

d) El título completo de la obra de Sismondi es *Literatura del mediodía de Europa*. París, 1817. N. P.

conviniendo con usted en que nunca serían muchos.

Dice usted en conclusión que «bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, aprendan a pensar antes de escribir para que se lancen a escribir según la versión que más han leído»; pero medite usted los citados versos de Boileau a renglón seguido y verá usted al reverso de su medalla.

Agradezco a usted muy sinceramente el consejo que piadosamente me dirige sobre el arte de importar ideas (si hay arte de importar ideas) para mis alumnos, en lugar de enseñarles nuestros admirables modelos. Descifrando lo primero, esto es, la enseñanza de una sana crítica y del buen gusto, lo he practicado ya antes de su caritativo consejo del mejor modo que ha sido posible a mi mediano alcance con los alumnos que he tenido y tengo la honra de dirigir.

Al concluir, señor redactor, mi artículo primero, me permitirá rectificar una equivocación de usted, atribuyéndome el que yo he dicho que tanto en Chile como en otro pueblo de América se hace sentir la maléfica influencia de los estranjerismos. Sólo usted ha querido decirlo; pues yo no podría atribuir tan falsa acusación, sin ser desmentido por las ilustres plumas de mis compatriotas, desde el sabio orador y distinguido poeta Camilo Henríquez, hasta el galano escritor de *El Filopolita* y *El Araucano* y émulo de Cervantes en sus cartas patrióticas.<sup>e</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Mayo 28 de 1842.

e) El presente artículo está firmado por *El quidam*, seudónimo distinto de Núñez, puesto que el 27 de Mayo firma con el de *Otro quidam*. Esta aclaración, aunque parece redundante, no deja de ser oportuna para seguir el hilo de esta controversia. N. P.

## EL COMUNICADO DEL OTRO QUIDAM

*Domingo F. Sarmiento*

*Le patriotisme exclusif, qui n'est  
que l'égoïsme des peuples, n'a pas  
de moins fatales conséquences que  
l'égoïsme individuel.*

*De Lamennais*

Mucho tiempo hacía que *El Mercurio* no suscitaba una cuestión que interesase vivamente al lector y le hiciese seguir con ahinco las sucesivas publicaciones de la prensa: devorar el comunicado, improbar el artículo editorial, aplaudir una réplica victoriosa, festejar un golpe en regla, leer en corro, vivir, en fin, del pensamiento de la prensa, seguirlo en cada uno de sus desenvolvimientos y en cada una de sus faces. ¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales.

El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio alecciona-

do concede la victoria a quien o más razón lleva, o más impresiones deja. Suelen los antagonistas en lugar de razones tirarse tierra a la cara, arañarse también, y no faltan ocasiones en que se hacen heridas profundas y duraderas. Falta de ejercicio... Maneras un poco francas, un tanto rudas si se quiere. Pero la continuación..., el hábito..., la cortesía..., la risa de los espectadores también, el criterio, en fin, todo contribuye a quitarle a esta lucha caballeresca lo que de áspero tiene en sus principios. Son las personalidades la arena y el limo que arrastran las aguas del torrente.

Nos hemos visto, pues, metidos sin saber cómo en una alta y peliaguda cuestión de idioma, de gramática, de literatura y aun de sociabilidad; porque tal es el enlace y la trabazón de las ideas, que no es posible hablar de idioma sin saber *quién lo habla o escribe, para qué, para quiénes, dónde, cómo y cuándo.* Esto es lo que veremos al menos en el discurso de esta polémica. Pero ya que nos veíamos cogidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías o aficiones, a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir por ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan de día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas. Y por cierto merece ser considerada; se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué giro ha de tomar nuestro len-

guaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tienen el apoyo de grandes y justificados nombres y la sanción de pensadores de primer orden, si hay doctrinas rivales, si cuentan éstas con el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos. ¿Hay en esto una pretensión insensata y presuntuosa? Eso es al menos lo que dice cada siglo, cada forma de arte, cuando se les presentan sus sucesores a disputarles el predominio de la sociedad.

Voltaire llamaba bárbaro, borracho a Shakespeare, Boileau fanático a Milton; los académicos franceses no habían oído jamás nombrar a Hugo, aunque después su nombre literario llenaba el mundo. Un poco después la Academia ha recibido en su seno a este innovador ignorante, y el borracho Shakespeare y el fanático Milton han arrancado el cetro a los que con asco los rechazaban.

Grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de Mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo; pero la primera manifestación que de esta efervescencia ha salido a luz, suscrita por *Otro Quidam*, nos saca fuera de la cuestión literaria y nos lleva a otra social, a la que iremos de mil amores, porque lo creemos no sólo necesario, sino también útil y laudable.

Revela el *Otro Quidam* una profunda irritación de ánimo, una cólera reconcentrada que la risa sardónica y la punzante ironía y la amarga burla que afecta no alcanzan a encubrir. ¿Qué ha podido irritarlo tanto? ¿Qué? ¡La cuestión literaria! ¡Santo Dios! No merecía la pena de incomodarse por ella; mas hay

lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entoncés habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud el estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuan-



una palabra que a nuestro juicio lo explica todo. El patriotismo exclusivo, es decir, el egoísmo de los pueblos de que habla Lammenais.

El autor del comunicado pregunta quién es el redactor que viene a enseñar doctrinas tan peregrinas, y nosotros vamos a contestarle. Es uno de los redactores de *El Mercurio*; y no dé un paso adelante, porque le está vedado, es un redactor de un diario que ha abrazado un partido en una cuestión literaria, es el redactor de un diario que al hacerse cargo de esta tarea, no ha venido a la tierra como un ser descendido del planeta Saturno para hallar que la tierra es chica, que los hombres son como las hormigas de su planeta. No; el redactor de *El Mercurio* ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia, educados para el despotismo, la inacción y el retroceso, y sin pretender ser llamado un oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones, ha levantado su voz contra un abuso, contra una costumbre añeja y retrógrada; a la policía le ha dicho: nuestras calles son inmundas e intransitables, componedlas; a la municipalidad, no tenemos caminos, no tenemos teatros, no tenemos alumbrado, levantaos, cumplid con vuestros deberes; al gobierno le ha dicho, los carros ambulantes son una monstruosidad, remediadla; a la juventud, habéis estudiado, ocupaos de las ideas de nuestra época, servid a la patria con vuestras luces, ilustrad al público con vuestros escritos. Ha ridiculizado lo que era ridículo a todas luces, aplaudido todo lo que mostraba visas de merecerlo, ha manifestado sus opiniones en las cues-

tiones de política interna y externa, sin penetrar jamás en el santuario de la vida privada; ha deplorado la muerte de los buenos ciudadanos como Salas y como Pereira, y recordado siempre con veneración la memoria de los héroes de la independencia, cualesquiera que, por otra parte, hayan sido sus opiniones políticas y la afección o desafección del gobierno para con ellos; ha hecho, en fin, lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar, es decir, cumplir con los deberes que impone la redacción de un diario que debe ocuparse en todos y en cada uno de los intereses de la sociedad, fomentar el bien, perseguir los abusos, ridiculizar las preocupaciones y las malas costumbres y expresar libremente sus opiniones.

Cuando este redactor de *El Mercurio* ha visto una producción útil, la ha anunciado en el diario con encomio, sin permitirse observación alguna que revelase sus defectos; si una sociedad se ha formado, ha ponderado su utilidad; si un verso ha aparecido, lo ha elogiado y recomendado a los jóvenes para su imitación; y cualquiera que sea el juicio que de las cosas que hayan llamado su atención ha formado, cualquiera que fuese el asunto en que se haya ocupado, el redactor de *El Mercurio* ha tenido particular empeño en sembrar aquí y allí doctrinas sanas de liberalismo, porque está convencido que los periódicos deben ser el vehículo por donde los principios de libertad desciendan hasta el pueblo como el rocío de la mañana, para vivificarlo y animarlo al bien y al progreso. El redactor de *El Mercurio* ha podido medir sus palabras no por la utilidad que para la regeneración social podían traer, sino por la tenaci-

dad de las resistencias que suscitaría en el ánimo de algunos, y ha desdeñado este fácil camino que puede proporcionar mucha popularidad; ha tomado, por el contrario, el sendero que han trazado todos los hombres de corazón y de principios en los pueblos que, como los nuestros, marchan al cambio radical de costumbres y de ideas.

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 3 de 1842.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## LOS REDACTORES AL OTRO QUIDAM

*Domingo F. Sarmiento*

Un hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene útiles lecciones para los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad. Su patriótico sistema, dictado por la primera necesidad de un pueblo que recién sale de las manos de un despotismo secular, ha sido seguido en España y en América. El *Otro Quidam*, que tan celoso se muestra del nombre chileno, gusta, sin embargo, de oír a Larra humillar a sus propios paisanos, halla muy justo y muy laudable que un español levante en el seno de la España su voz iracunda y eche en cara a su na-

ción su atraso, se burle de sus costumbres, de su pobreza y de su ignorancia, y que con sus sales punzantes haga de su patria el objeto de lástima de todas las naciones. ¿Qué moral saca de su lectura? ¿Cree que Larra escribió en España sus inmortales artículos para darle a él asunto de risa? ¿Cree que los muchos que le han seguido y de cuyo lenguaje castizo se muestra tan prendado, han hallado por muy gustoso el martirizar a su nación, degradarla, arrastrarla por los suelos? ¡Insensatos! Larra en tales manos no es más que un chusco impávido *que escribe muy bien el castellano!* Pero ese Larra, cuyas palabras parecen tan limadas y que por sólo eso es apreciado en algo, es un modelo que todos los escritores públicos, en América como en España, deben afanarse en imitar; es el campeón de la juventud que habla el idioma español hoy, que ama a su patria, la América o la España, no importa; que la hiere, que la sacude para que se irrite, se incorpore, se levante y marche en el ancho camino de progresos que le han abierto la civilización y la libertad de las otras naciones. Es el alma virgen de la democracia que levanta su voz contra la sociedad caduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de energía y con el alma pura de un ángel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno. Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando *El Mer-*

*curio* dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el *patriotismo del Otro Quidam* echando espumarajos y diciendo a grandes voces: venga acá el redactor de *El Mercurio*, ¿quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro lado de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y juicio y opiniones? ¿Cómo insulta a la nación diciendo lo que sucede, para que se remedie el mal o se averigüe su causa? ¡Pobrezas que harían avergonzar a cualquier hombre culto, patriota y verdadero amante de su país! ¡Misérias que la juventud ilustrada debe desechar con el asco que merecen! ¡Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloqueo continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados, y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de por medio, dónde se atravesaba un río para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora; porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses. Así la España, por odio a los extranjeros, se quedó encerrada en su Península; pobre después de haber sido rica, débil,

despreciada, cuando había sido el terror de la Europa; ignorante, cuando su antigua literatura había ido a inspirar la de otras naciones; sin industria, después que sus fábricas sirvieron a todos de modelo; pero desnuda de ideas y de vestido, se envolvía en su roto manto y calentaba sus manos ateridas en las hogueras de la inquisición, encendidas para abrasar en ellas las ideas que se desenvolvían en el extranjero; todo por odio a los extranjeros. Nosotros seguimos ahora sus huellas; ahora que ella ha abandonado ese camino, los americanos, divididos en pequeños grupos de españoles hostiles, se miran de reojo, no se tratan, no se comunican; si un grupo parece a manos del despotismo, los otros no lo saben, no le tienden una mano, no inquietan por qué padece tanto. ¿Para qué? Son extranjeros. Extranjeros que fueron hermanos para libertarse juntos; extranjeros que hablan un idioma, que tienen una religión, un origen, unas costumbres, un gobierno, un solo fin. ¡Extranjeros! ¡Así marchamos a la libertad, a la asociación americana, a la emancipación! ¡Qué piezas para constituir naciones que necesitan abrir sus brazos a los extranjeros de todo el mundo, cuánto y aún más a sus propios hermanos! La juventud va por el mismo camino y se llama, no obstante, liberal, progresista. ¡Dios nos ampare!

Es, pues, un sentimiento colonial el que, envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho al *Otro Quidam* atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma. Es retrógado preguntar de dónde viene el que escribe y en dónde ha nacido, para saber si tiene razón; es impropio en un hombre civi-

lizado, humano y liberal, insultar a una nación entera que combate por su libertad, como combatió por la independencia de muchos, porque se ha dicho de ella que tiene poesía; es desleal citar entre comillas, como muestras, palabras suyas y que quiere hacer pasar al lado de las nuestras. Esto, en el lenguaje hablado, se llama calumnia. Es manifestarse muy ajeno de las cuestiones literarias de nuestra época, el admirarse tanto de que haya quien sostenga doctrinas como las nuestras; es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud; finalmente, es muy poco decoroso para quien sale lanza en ristre a defender una cuestión, no tener nada que decir en apoyo de ella, y después de enseñar una palabra, *engarrotamiento*, para mostrar que debía decirse *dado garrote* por *agarrotado* que dijimos, concluir con no sacar nada de ese fondo de luces que debemos suponer le hace menospreciar nuestras observaciones y desfigurarlas, sacándolas de sus quicios y medida; porque, al fin y al postre, ¿de qué se trata entre nosotros? De unas doctrinas absurdas en materia de idioma, ¿no es esto? ¿Por qué, pues, azuzar contra el que las sostiene el perro del patriotismo exclusivo, y hacer una guerra



internacional de una simple querrela de literatura? ¿Y para esto escoger por campo de batalla su propia casa, donde todas las ventajas están de su parte? Hemos tocado una cuestión de idioma; hay pro y contra. La parte más racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros contrarios; nos hemos reservado la más escabrosa, la que cuenta con menos antecedentes, la más absurda. ¿Habrá partido más ventajoso? ¿Por qué irritarse tanto? ¿Por lo que antes hemos dicho, por un sentimiento extraviado, por ver en *El Mercurio* no un periódico sino un hombre, y a éste suponerlo manchado con el baldón de extranjero!

Pero en vano son esos gritos impotentes. Chile no verá eso en aquél que penetrándose de los verdaderos intereses de la sociedad en que vive, contribuye con su su grano de arena a la regeneración social, a la ilustración y al progreso. Día llegará, pues, en que el *Otro Quidam* y el redactor de *El Mercurio* puedan presentar antes las aras de la patria sus títulos de nacionalidad.

Hemos vuelto digresión por digresión en la cuestión literaria, estamos a mano. Nuestros lectores nos perdonarán que, como un candidato popular para la Cámara de los Comunes en Inglaterra, hayamos subido al tablado a defendernos y probar que si no tenemos títulos para aspirar a la consideración pública, nada hemos hecho que el verdadero patriotismo tenga derecho de desaprobarnos. Seremos, pues, en adelante *El Mercurio* y nada más que *El Mercurio*. A él y no a la persona del redactor deben dirigirse los ataques.

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 5 de 1842.

## ARTICULO TERCERO <sup>1</sup>

*José María Núñez*

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanece casi enteramente concretada en esta clase, o en las que se le acercan.

*Tocqueville*

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

*Andrés Bello* <sup>2</sup>

Al contraponer estos dos fragmentos, dice con énfasis el redactor de *El Mercurio*, en el número citado,

<sup>1</sup> Se titulan las presentes páginas: *Artículo 2.º*. Pero por tratarse del 3.º que aparece de su autor, en este libro, he optado por denominarlo: *Artículo tercero*. N. P.

<sup>2</sup> Esta cita está firmada por *Un quidam*, seudónimo que es de Andrés Bello, como lo sabe el lector. De ahí que prefiera poner el nombre propio del autor citado. N. P.

nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano, recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones, y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble inscrito en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: «Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes.» «No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje.»

He aquí un insigne paralogismo bueno sólo para los que carecen de sentido común; una fanfarronada democrática, proferida con toda la elección del que dice: «He aquí que nos presentamos nosotros, sentándonos en la prensa periódica, degradando el idioma, pero aclarando las cuestiones del público, excitándolo al progreso, etc.». El gran Tocqueville, señor redactor, ha presentado un hecho, ha dicho una gran verdad en su fragmento, y *Un quidam* en el suyo ha dicho también otra verdad, aunque humilde, y tan en su lugar quedan ambas verdades, como un axioma de lógica y otro de jurisprudencia. ¿Qué tiene que ver la soberanía del pueblo con el cuerpo de sabios comitentes suyos que le representan en la formación de sus leyes? ¿Quién ignora que cuando el pueblo por una necesidad de su existencia política y por su propia insuficiencia nombra ese cuerpo de legisladores que ha de arreglar sus instituciones ejerce el acto más augusto de su soberanía? ¿Y en qué se mengua esa soberanía, o de qué modo la pierde un pueblo, porque se le prescribe hablar como hablan las personas bien educadas, las personas cultas, que

son las únicas que pueden reducir el habla a un sistema de signos y de combinaciones sancionadas para la común inteligencia? ¿No es este otro hecho análogo, otra necesidad correlativa, otra ley de la sociedad? Pero el redactor no tenía materia para sus artículos: hubo *Ejercicios populares de lengua castellana* y ocasión para propalar ideas que, aunque subversivas de los sanos principios, bullían por salir al palenque: hubo contestación para atajar el contagio; mas hubo réplica, halaracas de democracia y ociosa palabrería; hubo, en fin, desatinos editoriales que poner a descubierto.

«Pero un sentido aristocráticamente falso de la palabra pueblo (dice el redactor para cohonestar de algún modo sus anteriores paradojas) ha contribuído al extravío de ideas que notamos.» Es muy falso que las academias no hacen más que recoger las palabras formadas por los pueblos en masa, pues así, lejos de tener un instituto filológico, sólo serían, según usted, pobrísimos archiveros; las academias recogen para su diccionario las palabras y frases idiomáticas formadas por los buenos escritores, por los escritores analíticos, sin esperar que la masa del pueblo las reconozca en su uso; forman también ellas palabras y locuciones nuevas y fijan por fin el sentido y propiedad de los vocablos: esto es lo que puede hacerse convenientemente, y lo que se ha hecho desde que existen academias de lengua, no embargante que haya en sus respectivos diccionarios algunas voces y modismos que deriven su formación del pueblo inculto; y aun en Inglaterra donde, como usted dice, no hay academia, lejos de ser su idioma presa del empeño

anárquico de escritores ex-abrupto, está ya bastante bien fijado para que pueda roerlo semejante carcoma.

Otro tanto deberá decirse del español, a pesar de la nueva organización de las sociedades modernas, de nuestros gobiernos democráticos y de lo que pide la literatura de América; y así como las grandes crisis y vicisitudes de la revolución francesa no han corrompido ni innovado la lengua del siglo de oro de Francia, tampoco alcanzarán nada los anarquistas contra el hermoso lenguaje que nos han legado nuestros clásicos; no pudiendo hacer más que enriquecerlo aun; pero no con chocarrerías como «aplaudir a un literato al verlo revolcarse en su propia cancha»; no con metáforas gongorinas e impropísimas como «el puñal de un tirano redactando periódicos»; no en fin con enigmas como «el panteísmo de todas las civilizaciones de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen»; charada que podría presentarse al filólogo más sutil, que seguramente no llegaría a desentrañar el sentido, si le asaetearan por ello.

Tal es el resultado de escribir caprichosamente a su modo con afectado menosprecio de lo que se ha querido llamar, sin entenderlo, formas heladas, vanas exterioridades del pensamiento y otras vaciedades semejantes. El que no ha hecho el estudio de su lengua, que recomienda Pericles, que exige Bacon y prescriben todos los literatos; dotado de un instinto feliz de imitación, puede llegar a ser un buen escritor con la lectura de los mejores modelos, mas el que desprecia uno y otro por eximirse de una labor indispensable, el que vicia y embrolla las construcciones de un

modo histerológico (permítaseme la expresión) y el que emplea locuciones rastreras, sólo será, como dice Boileau, «un méchant écrivain». En vano será tomar idea al vuelo de veneros extraños; pues serán minas sin beneficio, medicina sin médico; y si tal ocupa entre nosotros la prensa periódica, la juventud chilena, a quien apostrofa con su proclama de anarquía en el lenguaje, es bastante ilustrada por fortuna, para responder a ella con la desaprobación y el desdén. Si, jóvenes compatriotas, haced lo que practican todas las naciones cultas de Europa; lo que os acaba de recomendar en su luminoso discurso el ilustrado chileno don José Victorino Lastarria<sup>3</sup>, estudiad vuestra lengua a la luz de la filosofía, de la lógica del pensamiento: estudiadla en esos modelos que admiran los sabios extranjeros; y enriquecido con vuestros liberales estudios que ha calificado de perversos el que no ha hecho ninguno: al paso que están reconocidos por los mejores que se hacen en América, seréis oradores, seréis escritores correctos y juiciosos, seréis también poetas. Haréis versos, ya que la estima de este don empieza a prometeros la recompensa de la gloria; publicaréis los ya hechos, siendo buenos o medianos, porque sois bastante moderados y circunspectos para publicar lo conocidamente malo, y porque ninguna literatura se manifiesta con publicarlo todo, muchos versos malos o acaso pésimos, como serían vuestros ensayos de escuela, vuestros juguetes de distracción literaria. Así tendréis una literatura que

<sup>3</sup> Alude al discurso que, como Director de la Sociedad Literaria, pronunció Lastarria, el 3 de Mayo de 1842. Ver mi libro, *La generación chilena de 1842*. N. P.

honre y dignifique a nuestra patria; y cuando ciñáis su laurel envidiable y precioso, no olvidéis un homenaje de gratitud al laborioso literato; al sabio más benemérito entre nosotros, al que debemos principalmente la mejora de nuestros estudios, el crédito diplomático de nuestro gabinete, el movimiento y consagración a la literatura, estimulados por su enseñanza y sus publicaciones; la gran codificación, por fin, en que se ocupa con tanto desvelo por el bien de Chile.<sup>4</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 6 de 1842.

<sup>4</sup> Las últimas frases del presente comentario se refieren a Andrés Bello. Este artículo, como el anterior, está firmado por *El quidam*, último seudónimo adoptado por José María Núñez. N. P.

## CORRESPONDENCIA

Suplico a ustedes, señores redactores, se sirvan acomodar en lo más despejado de su sección *Correspondencia*, este nuestro ligero trabajillo; pues que a decir verdad, la parte auxiliar de su periódico que lleva aquel título, suele encontrarse no pocas veces, como algunas de nuestras calles atravesadas, tan intransitables, que es preciso que el transeunte se mire mucho para aventurar un pie. Aquello de «dime con quien andas y te diré quien eres», podría por las malas vecindades aplicarse con poca razón a cada uno de los que entran en ese camino de descaminados que ustedes han dado en llamar correspondencia. No se alucinen ustedes, creyendo que desaprobamos del todo las observaciones que algunos de los artículos editoriales de *El Mercurio* han provocado, ni mucho menos que al vituperar el modo brusco con que ha sido tratada la cuestión sobre *Ejercicios populares de lengua castellana*, no reconozcamos que de parte de



la redacción de *El Mercurio*, se hayan arrojado piedras, que merecían ser contestadas con la granizada que ha descargado la correspondencia. ¿Han precisado ustedes la cuestión de manera de que el público literato supiese claramente sobre qué disputaban? ¿Se han comprendido bien? ¿No han tocado ustedes en la exageración de principios que podrían ser admisibles, si desde el momento en que se anuncian, no viniesen descubriendo ya las consecuencias a que pueden conducir? Otro tanto diremos de sus antagonistas. ¿Qué han pretendido probar con sus acaloradas réplicas? ¿Cuáles son los principios que impugnan? ¿Se trata de hablar otro idioma que el de nuestros padres? ¿Se quiere que las ideas no sean expresadas con la claridad y encadenamiento que la lógica exige?

No pretendo dar lecciones a los redactores de *El Mercurio*, ni menos alistarme en las filas de sus opositores, a menos que de una y otra parte definan bien los puntos controvertibles, y abandonen todas las pequeñeces y personalidades que tan fuera de propósito han interpelado en su polémica, que entonces me aventuraría a hacer algunas apuntaciones a la juventud estudiosa, a fin de que las agregase a las propias; pues que no me siento con la capacidad suficiente, ni cuento con los momentos desocupados que se necesitan para abrazar en todos sus pormenores cuestión que de suyo ofrece vasto campo a la discusión y al estudio.

Esto sobre entendido, pasaré a mi propósito que poco tiene que ver con las publicaciones de *El Mercurio*; quiero hablar del artículo inserto en la *Revista*

de Valparaíso, que lleva por título *Clasicismo y romanticismo*. ¿Se han fijado nuestros jóvenes en este escrito, y la tendencia general de los principios e ideas en él desenvueltas? Me parece que si no me he dejado fascinar por la novedad de las deducciones, encierra abundante materia para que las dos escuelas rivales levanten aquí tanta grita y tanta polvareda como la que han suscitado en otras partes. En cuanto a lo que los jóvenes llaman *romanticismo*, no entiendo yo más que lo que el *Curioso parlante* ha dicho sobre esta estrafalaria escuela, y a eso me atengo: pero me parece digno de muy grave consideración lo que en la citada *Revista* se anuncia con respecto a nuestra literatura y las fuentes de donde ella emana. Dice, por ejemplo, el autor «que en este siglo se ha comenzado una revolución que ha cambiado la faz y las leyes de la literatura moderna, y que los resultados de esta revolución han pasado a ser la propiedad del vulgo, de la plebe, que es lo que en la república literaria forma, del mismo modo que en todas las demás repúblicas, la *opinión pública* y la fuerza moral de una ley». Aquí encontramos una cosa que no se nos alcanza, quizá porque el autor no nos ha explicado cuales son esos resultados, por lo que no entraremos en cuestión alguna, contentándonos con notar este pensamiento en vía de memorándum.

Con no menos sorpresa que agrado, he recorrido las dos primeras fojas, en que el autor establece la doctrina de la triple expresión de la literatura, individuo, pueblo y época, y la relación íntima que tienen las producciones del espíritu con las necesidades,

ideas e intereses del pueblo para quien se escribe. Tomada en este sentido la literatura, convierte en nuestro humilde sentir en estudio digno no solamente de ocupar los ocios del sabio, sino también de un lugar distinguido, la escala de los conocimientos que con preferencia deben suministrarse a la juventud; porque de este modo un literato viene a ser el que mejor comprenda la época en que vive, es decir, las tendencias de su siglo, o las creencias y opiniones en él dominantes, y las necesidades de su patria, su organización civil, su religión, su cultura, sus costumbres y todo lo que constituye su modo de ser especial.

La explicación que de nuestro teatro hace el autor y las relaciones de afinidad y consanguinidad que a éste le encuentra con el teatro francés, al cual le concede los honores de la paternidad, me agradan por cuanto manifiestan pensamientos que tienen relación con nosotros. Cansado estaba ya de leer autores, y revistas y artículos que hablan de Francia, de España y de Inglaterra, sin encontrar nunca escrito nada sobre lo que somos nosotros; y mientras hemos aprendido las reglas y requisitos que constituyen el poema épico, y el asunto, formas y unidades de la tragedia heroica, nada se nos dice ni por incidencia de lo que tiene relación con el estado de nuestra propia literatura. El modo de que a mi ver se llene el noble objeto de la sociedad literaria que con tanto lustre ha anunciado el señor Lastarria, sería el de entrar en estas cuestiones y dirigir sus estudios a examinar e interrogar nuestra propia sociedad, cuya tarea desde ahora le recomiendo; porque no es mi

ánimo, seguir paso a paso al autor en la marcha que se ha propuesto, ni disputar al susodicho romanticismo los servicios eminentes que, según él, ha prestado a la república de las letras. Yo le doy las gracias de todo corazón; pero lo que repruebo en este examen filosófico de las afinidades de una literatura con la sociedad en que se desenvuelve, es que teoría tan plausible llegue a desacreditarse por el empeño de hacerla la única causa de que una forma literaria emane.

Se pretende explicar el clasicismo de los siglos XVII y XVIII de la literatura francesa, por las tendencias democráticas que empezaban a germinar entonces, y por hallarse en la literatura griega y romana, los elementos que la sociedad necesitaba para emanciparse de los diversos linajes de despotismo que había legado la edad media; sin cuya necesidad social parece que no hubiera tenido lugar en Europa su reaparición y la imitación servil de sus formas, que quiso el absolutismo de la escuela hacer aparecer como el último grado de perfección a que era dado llegar a la inteligencia humana. Me parece que esta manera de considerar la cuestión peca contra los antecedentes y hace del último desenvolvimiento de un hecho continuo, un acontecimiento aislado y casual. El clasicismo o las formas de la literatura romana y griega, ha reaparecido en los dos precedentes siglos, porque la Europa se civilizaba; y porque el primer elemento de civilización que tenía ante sus ojos, era la literatura romana: no había en qué escoger, esa era la única, y era preciso conocerla y adoptarla hasta que el pensamiento europeo, llegando a la altura

del pensamiento romano, examinase y desenvolvese los demás elementos civilizadores que las sociedades modernas encerraban en su seno. La literatura romana era para la Europa bárbara, a manera de una semilla que, regando la tierra en que estaba oculta, había de brotar en una nueva planta. Los bárbaros del Norte que ocuparon el suelo del imperio destruido, legaron a sus descendientes la más alta veneración por la civilización de los pueblos vencidos; y la Iglesia cristiana conservando el idioma latino, ofreció siempre en él un camino para ir a desenterrar algún día los tesoros de la sabiduría de los antiguos, sepultados entre los escombros de la edad media. Aristóteles subordinaba y maniató el pensamiento, ¿a fuer de qué? A fuer de antiguo, porque en el estado de la inteligencia europea, sus opiniones en ciencia y arte, eran consideradas como verdades, tan infalibles como en religión los Evangelios. Lo mismo sucedía en política, en religión; en todo el campo de la ciencia se enseñoreaba la autoridad, la tradición. Con el renacimiento de las ciencias sobrevino primero la erudición, esto es, el conocimiento de todos los autores griegos y romanos que habrían salvado de la catástrofe; y después la lucha del espíritu de independencia contra el respeto tradicional a la literatura de los antiguos. Si ha de llamarse romanticismo a todos los trabajos del ingenio que en las formas que revisiten, se separasen de las observadas por griegos y romanos, puede decirse que entonces principió la lucha: que el clasicismo triunfó en los siglos XVII y XVIII en

Francia, porque era necesario que llegase el estudio de los antiguos a su último desarrollo antes de que el espíritu de los modernos se considerase bastantemente fuerte para abandonar aquellos pañales, y revestir nuevos atavíos. Ni es inoportuno recordar la influencia que ejercieron los emigrados griegos después de la toma de Constantinopla y la que más tarde tuvieron sobre toda la Europa culta las universidades y la enseñanza clásica de la Compañía de Jesús. El arte poético de Boileau es, según muy fidedignos autores, una obra de polémica, pues que ya en ese tiempo se disputaba sobre las formas de literatura.

Con la exposición de estos antecedentes, el autor del artículo de la *Revista*, encontrará explicado de un modo más natural y más conforme a los datos históricos, la reaparición del clasicismo en los dos pasados siglos y la fuente de donde sacaba su pretensión de erigirse en regla absoluta e inviolable. Hoy que el sentimiento de virilidad de las sociedades europeas se ha desarrollado completamente; que los estudios históricos han ido a remover todas las ruinas, y que las obras del ingenio de todos los hombres grandes, de todas las épocas y de todos los pueblos son el patrimonio de la civilización moderna ¿qué extraño es que el clasicismo haya sido destronado, como ha sido destronado todo lo que antes existía como autoridad o como principio invariable de certidumbre?

Estas y otras reflexiones que omito, me ha sugerido la lectura del artículo de la *Revista de Valparaíso*, y recomiendo a otros ingenios más avanzados en estas

materias, que examinen con calma y detención los principios literarios emitidos en el dicho artículo.<sup>1</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 11 de 1842.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

<sup>1</sup> La presente *Correspondencia* está firmada por *Uno de antaño*, seudónimo ocasional de muy difícil, por no decir imposible, identificación. De manera que la única lógica sería es dejarla como anónima. Este artículo es un testimonio del tiempo que tiene tanta relación con *La controversia filológica de 1842* como con *La polémica del romanticismo en 1842* (Buenos Aires, Américalee, 1943). Es oportuno, para comprender en todo su alcance el movimiento de las ideas de aquella época, compulsar ambos volúmenes. N. P.

# SCENES DE LA VIE PRIVEE ET PUBLIQUE DES ANIMAUX

ETUDES DE MOEURS CONTEMPORAINES

*Domingo F. Sarmiento*

Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y otros fabulistas habían, en diversas épocas del mundo y en diversas lenguas, pintado las propensiones, vicios y virtudes de los animales aplicando a la sociedad de los hombres la moral que de aquellas observaciones deducían. Hoy, que todo se hace al revés de lo que hacían nuestros antepasados, se ha dado en la flor de pintar en los animales los vicios y ridículo de los hombres, formando un ramo nuevo de literatura que, si no se le confunde con el apólogo, no tiene aún nombre reconocido. Hace cosa de dos años que se principió en París la publicación de la *Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos*, en papel marquilla y con tan hermosas láminas que es una maravilla. Plumas como las de Georges Sand y Bal-



zac, y buriles tales como el de Grandville, han dado a esta célebre composición una reputación verdaderamente europea. Asombra, en efecto, ver el profundo estudio que de los caracteres exteriores de las pasiones humanas se ha hecho, y la admirable fidelidad con que han sido delineadas en los animales. La escena de la publicación principia por la reunión de un congreso general tenido por los animales de la *menajería* y diputados de las provincias reunidos en el Jardín de Plantas a la luz de las estrellas, en el que después de varios debates y de haber hecho su elogio el burro, la mula obtiene para la presidencia el sufragio universal. Ocupa la silla, y los animales domésticos, inofensivos, se colocan a la derecha, que como todos saben, es el lado en que en las cámaras francesas están sentados los partidarios del gobierno. Allí está el generoso caballo, el tímido siervo, el noble elefante, el manso y astudo carnero, el inmundo chanco y el lúbrico chivato. Sobresalen en la izquierda, entre los de la oposición, el león temible, el tigre carnicero, el lobo hambriento y otras categorías montañesas e independientes. El centro lo forman los animales rastreros, sin carácter conocido y sin opinión propia, tales como la tortuga, la culebra, el alacrán, el sapo y otras alimañas de este jaez. La astuta zorra se ha colocado al pie de la mesa del presidente por no comprometerse con ningún partido; el mono y el loro son los redactores de las sesiones, el uno imita la acción y el otro repite las palabras. Hay un momento de silencio, la discusión principia, el camaleón sube a la tribuna, y en lenguaje muy limado y castizo expone a la honorable representación que tie-

ne entonces, como siempre, el honor de ser del parecer de todo el mundo. Pero le sucede el león como orador de la oposición y da tal rugido que la consternación se introduce en la derecha; dispárase el siervo, da un bufido de espanto el caballo, el perro aulla, y la zorra se va poco a poco acercando a la izquierda por si se van a las manos; el orador vomita pestes contra los hombres que tienen esclavizados a los animales, hace llover dicterios y sarcasmos sobre los cobardes que se han sometido a su imperio para ser devorados unos en pos de otros; pinta con nobles rasgos la independendencia de los bosques, la vida patriarcal, las escenas de la naturaleza, e invita a toda la honorable asamblea a romper el ignominioso yugo de la servidumbre y seguirlo a los campos. La izquierda prorrumpe en aplausos, mientras que los diputados de la derecha se miran unos a otros; la zorra admira la tonante elocuencia del orador y convida a un gallo y a otras aves domésticas a apoyar la moción; el lobo está mirando de hito en hito al carnero, como si ya lo viese fuera de la garantía de la fuerza legal. La discusión continúa y la atención de la asamblea se distrae hasta sofocar la voz de no sé qué orador oscuro que pondera las ventajas de la vida civilizada, *con los cuchicheos* de la conversación. Sería interminable referir todos los sucesos de esta memorable sesión que concluye en arreglarse la redacción de la *Vida pública y privada de los animales* para ejemplo de los hombres.

La *Historia de una liebre* principia la publicación. ¡Cuánto ha padecido, cuántos ultrajes ha tolerado por no desagradar al rey! Es esta una historia de una

belleza inimitable, y ¡qué láminas! La liebre tiene un desafío con un gallo pisaverde. ¡Qué terror en la cara de la liebre! ¡Qué cobarde! pero el padrino, que es tío Dogo, su amigo, le dice que es preciso batiarse por el honor, le pone la pistola en la mano, apunta temblando la liebre, aprieta los ojos, da vuelta la cara, dispara sin saber lo que hace, y ¡oh dolor! mata al gallo más valiente que se conoce en diez leguas a la redonda. ¡Una liebre mata a un gallo!

Mil historias, a cuál más picante, forman la colección. *Historia de una gata inglesa*, célebre crítica de las costumbres de las mujeres de la vieja aristocracia de Inglaterra. Se enamora aquella de un gato francés llamado Brisquet, muy petimetre, un secretario de la embajada. La seduce éste, la cita a un tejado, y en los coloquios amorosos, abrazos y tiro-nes, sáltansele del bolsillo las instrucciones privadas de su gabinete, que llega a manos de Lord Palmers-ton y le instruye que la paz armada de la Francia, los nuevos alistamientos, los preparativos militares, son una farsa y el tratado de 14 de Julio se concluye, y los asuntos de Oriente se arreglan por las potencias, sin consultar a la Francia. ¡De estos y aún menores accidentes depende a veces la suerte de las naciones! ¡Qué moral para los pueblos!

*Aventuras de una mariposa*. ¡Cómo pintar, en un extremo de la tela de mi artículo, su viaje sentimental de París a Baden, sus amores aéreos y fantásticos, su casamiento y su subsiguiente muerte!

La medicina tiene sus representantes, la cirugía sus cadáveres que disecar. El *doctor Cuervo* hace de su pico escalpelo, y en un dos por tres en junta nu-

merosa de facultativos se hace la autopsia, examinan las entrañas del muerto, toma cada uno un miembro; éste se propone demostrar el nervio simpático, que separa cuidadosamente de las carnes que lo encubren; aquél saca un ojo para ver el aparato óptico; otro escudriña el cerebro, y todos, en fin, se retiran a poner por escrito en una memoria su disertación, porque es cosa ésta de *masticarla y digerirla* despacio; cogen el vuelo pausadamente como conviene a la facultad, y queda sobre el anfiteatro, en lugar del cadáver, la armazón huesosa, limpia y monda. ¡Oh médicos!

Se sigue un tribunal de justicia. Hay una demanda entre el lobo y un cordero, a quien no se le oye por falta de testigos que acrediten la verdad del ultraje que ha intentado hacerle el lobo. El perro pastor es tachado por su conocida enemistad con el lobo. Vuelve el cordero a sus campos y el lobo a sus antiguas mañas, y un día logra por fin comerse al cordero. Aquí de la justicia que protege siempre al débil contra el opresor; los gendarmes echan el guante al criminal, lo meten en un calabozo, se sigue su causa, se le confronta con la víctima, confiesa su delito, se compone con Dios haciendo una buena confesión, y al día siguiente mi don Lobo es ahorcado en la plaza pública. El pueblo se divierte, y el cordero comido ya está comido, y el que la hace que la pague, y los ciegos cantan al día siguiente la aventura:

*Vous dans les sentiers du crime  
Qui pourriez être entraînés  
Par cet exemple, apprenez*

*Que celui qui fait le mal  
Est un méchant animal.*

Hay la historia del asno, el ratón filósofo, recuerdos de una corneja vieja, historia de un lagarto, viaje de un león de Africa a París, y otros muchos temas de composiciones llenas de sal y de verdad. Sería nunca acabar el intentar dar de ellas una relación ni abreviada siquiera.

La crítica literaria no está libre de figurar entre los animales. Un loro clásico repite lo que ha leído en Boileau, La Harpe y una traducción de Hermosilla, y da vueltas en su aro, y haya república, haya democracia, él canta con un aplomo imperturbable: *lorito real, para la España y no para Portugal,*

*Toquen, toquen,  
clarinetes y cajas,  
Que pasa el rey  
para su casa.*

Un perro rabioso ladra a todos los escritores, a los actores, a la empresa y al gobierno; la rabia le ahoga, se muerde él mismo la lengua y se envenena. Quien tal hace que tal pague, y con la vara que mides serás medido, y quien a cuchillo mata a cuchillo muere. Remitimos por mayores detalles a nuestros lectores al libro publicado en Diciembre en París, *Hetzel Paulin*, calle del Seine, 33.

Lo que más nos ha sorprendido en esta colección y de lo que nos habíamos abstenido de hablar hasta ahora, es de la composición que lleva por título *Los*

*gallos literatos*, que nos proponemos traducir porque creemos que agradará tanto más a nuestros lectores, cuanto que hoy se ha despertado la atención pública con la cuestión del romanticismo y clasicismo, los antiguos y los modernos, los puristas, los innovadores y qué sé yo que otra pamplina de este jaez. Ya se imaginarán nuestros lectores cuánto talento habrá desplegado en los gallos literatos Georges Sand, este corifeo hembra de los que no han dejado títere con cabeza, ni cosa en su lugar con el estafalario romanticismo. Pero es lástima que no podamos reproducirlo todo, por exceder de los límites de una publicación periódica.

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 22 de 1842.

## LOS GALLOS LITERATOS

*Domingo F. Sarmiento*

MEMORIAS INÉDITAS DE UNA GALLINA DE GUINEA  
QUE VIVIÓ DIEZ AÑOS EN LA REPÚBLICA DEL  
GALLINERO

El león, que por la gracia de Dios había nacido rey de los animales, y hoy sirve de objeto de curiosidad en los anfiteatros y en las casas de fieras (gracias a los principios liberales y a las luces de la filosofía que han reintegrado a la creación bruta en su antigua libertad), mantenía el boato de su corte sacrificando a los indefensos animales; gustaba mucho de la carne de ciervo, que es tan sabrosa y regalada para todos los déspotas, y en su mesa eran servidos los miembros palpitantes de los mejores de sus vasallos. Sus histriones, para complacerlo, escribían la historia de los animales y no se cansaban de ponderar la timidez del ciervo, la inocencia del cordero y lo sabroso de la sangre del hombre. Así se ha escrito hasta hoy la historia política de todos los estados, y así

escribieron Plinio y Buffon la del Gallo y su familia. Se engullían un pollo, se sorbían un par de huevos, y con los dedos tintos aún en la grasa que la víctima destilaba, escribían que el Gallo debía ser un animal muy bueno, puestos que tan golosos platos proporcionaba. No sólo es necesario ser un animal para escribir la historia de los animales, sino que también es preciso serlo del mismo género y especie, si bien es cierto que conviene que el historiador sea de una familia diversa, de manera que ni peque por parcial ni vaya a tocar en el extremo de ser hostil...

Sigue aquí la historia de la gallina de Guinea, su patria, su familia, su esclavitud; es transportada en un buque negrero a la isla de Santo Domingo, es destinada a un gallinero donde permanece hasta la insurrección de los negros que pasan a cuchillo a todos los gallos blancos; la reconoce Toussaint de l'Overture, la salva de la matanza y la pone en libertad. Durante su cautiverio se dedica, como Esopo, a estudiar la historia, aprende gramática latina y hace apuntaciones sobre los sucesos contemporáneos de la república gallinácea, etc.; y prosigue la historia.

El gallo, propiamente hablando, no es un animal, por la misma razón que el hombre no es animal sino persona. Se le parece en creerse el objeto principal de la creación, le iguala en eso de echar plantas, y le excede sólo en pequeñez y orgullo. Vedle marchar, ¡qué medida!, ¡qué garbo!, no le cedería el paso ni a un asturiano, sobre todo, si es absolutista. En lugar de un espadín, lleva dos, como un portugués, y por quitáme allá estas pajas, ¡zas! una cuchillada al prójimo, y arda Troya. Como el hombre gusta de la



danza y de la música, no hay pollita que sus ojos vean a quien no le cante una copla y le baile la tarántula. Intolerante y celoso, jamás consiente que en su gallinero cante otro gallo, y si la mala ventura lleva otro extraño a sus estados, debe éste, si no quiere morir acribillado, andar tan alicaído y cabizbajo, y sobre todo cantar tan piano, que no excite la rivalidad de los nacionales, de donde ha venido el decir, *anda como pollo en corral ajeno*.

Amante de gloria y sediento de sangre y de combates, su vida es una campaña abierta contra todos los individuos de su especie, salvo la parte femenina, que puede decir de él con justicia que nada quita lo valiente a lo cortés, porque sabe leer en el corazón de las chicas, y no es persona que se deje decir dos veces esto ando queriendo, sin otorgarlo con tanta solicitud y tan buen talante, que es fuerza decirle basta, ¡por Dios, basta! Amar y pelear es su vida; cada día un duelo, cada hora una aventura amorosa, de manera que a juzgarlo por este lado es todavía un caballero de la edad media. Devoto a la vez y supersticioso, entona sus cánticos de alabanza por la mañana y en medio del día le intimida el vuelo de gavilanes y alcones cuya presencia supone ser un mal agüero para su raza. Libre en la esclavitud, gusta del contacto del hombre, cuyo dominio sufre sin agradecer el favor ni resentirse del agravio. De tal manera está connaturalizado con su actual estado, que no hay memoria de que haya llevado en los bosques la vida salvaje. Habitante de todos los climas, ha tenido parte en muchos y muy grandes sucesos. Acompañaba a Esculapio en la Grecia, y en casa

de Caifás hizo, con una gran carcajada repetida tres veces, caer en el golpe a un viejecillo que se calentaba a orillas del fuego. Los galos antiguos lo tuvieron en grande estima y todos los pueblos del mundo le hallan de un sabor exquisito y gustan de su compañía, por lo que han dado en decir, *Dios los cría y ellos se juntan*.

Las diversas naciones de gallos que cubren la tierra se distinguen entre sí como los hombres por sus usos y costumbres. Sobresalen los ingleses por su talla esbelta y delicada, su cutis colorado y su extremado valor. Se han derramado por todo el mundo, han ocupado todo el norte de la América, tienen muchas islas bajo su dominio, y por poco que hagan, llegará el día que no cante en toda la redondez del mundo otro gallo que el inglés. Un gallazo chino, tamaño como jayán, cometió una vez la imprudencia de cantar en tono más que de soprano, lo que, oído por los gallos ingleses que se han introducido en los gallineros de la India, dió bastante motivo para suscitar su insaciable codicia, y después de rondar largo tiempo por los límites del Catay y de haber derramado en las playas opio para envenenar a los habitantes, lograron al fin atraerlo a la pelea y se ha trabado un furioso combate que dura todavía. El gallo francés es igualmente bizarro, y tan altivo que sólo gusta posarse en lo alto de las banderas y en la parte superior del escudo de arma de su nación. Un tiempo hubo en que cedió su puesto a un águila formidable; pero los gallos insulares cayeron sobre ella, la maniataron y la condujeron a una ínsula remota, en donde murió la triste encadenada a una roca. En premio de tan in-

signe servicio concedió el galo a los insulares el imperio de los mares y la influencia en la política de las demás naciones, de que gozan sin rivales. Es el gallo francés el más culto del mundo, y tan humano que ya no le gusta de pelear, contentándose solamente con cacarear y cantar. Se suscita una cuestión en el Oriente, y el galo enfurecido bate las alas, se mira las espuelas y canta furibundo que se declara en *paz armada*; lo embastillan en el corral y entonces — ¡ira de Dios! — qué cacareo y qué bulla infernal; pero los gallos ingleses, se comen solos el trigo del Egipto; sus amos lo embastillan, sin hacer caso de su sempiterno cantar. En cambio del poder que no le dan sus doradas espuelas, se desquita con imponer la moda a todos los otros gallos, y nadie sustrae al yugo de sus sastres. Viste con elegancia; prefiere los colores oscuros; lleva la barba rasurada, la cabeza al uso persa, el cuello desnudo y las extremidades recortadas. Sobresale en el arte del peluquero, no tiene rival en la confección de los pasteles, y es diestrísimo en el manejo del florete; porque a falta de enemigos exteriores se bate con los suyos en duelo singular. Este y el inglés son llamados finos, para distinguirlos de otra raza que se conoce bajo el honoroso dictado de brutos. Se encuentran estos últimos derramados por todo el continente colombiano, y descienden de la degenerada estirpe castellana. Poco aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de ir adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si

bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenidos tiesas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer, engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes. Son sin embargo preferibles a los ingleses y franceses para la cazuela y el estofado, por cuya razón son muy estimados de todos los habitantes del mundo, que concurren a sus puertos a desplumarlos. Desde que se sublevaron Santo Domingo y las otras colonias, se han ocupado siempre en disputar sobre quién sube más arriba en el árbol de dormir, a fin de estercolar a los que quedan más abajo. A pesar de todo esto, los gallitos más nuevos empiezan a abandonar las prácticas de sus abuelos, se aliñan y se afeitan a la francesa y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa. De aquí han nacido dos bandos en sus repúblicas, que amenazan turbar la incierta paz de que a veces gozan. Compónese el uno de los gallos que ya no se cuecen a dos hervores, los franciscanos y los castellanos puros, con tal cual gallito novel, a quien le ha soplado el diablo por echarla de viejo; forman el otro los pollos de pitón, de casta mestiza de fino y bruto; algunas jacas de estaca retorcida que simpatizan con toda clase de novedades, y uno que otro pollo desgaritado, que ha escapado con la cola de menos de las garras de alguna zorra monstruo cebada en comerse los gallos más atisbados.<sup>1</sup> Uno de estos desplumados, no bien se repuso del miedo de haber visto la zorra tan de cerca, cuando se

<sup>1</sup> Fuí testigo en un gallinero de una reyerta muy singular. El autor.

echó a cantar con tan buena gana y de una manera tan desusada, que los gallos de toda la vecindad se alborotaron sobremanera. Unos decían que no lo hacía mal para su edad, otros le achacaban el no conocer la escala diatónica ni por las tapas; pero nuestro gallo, sin curarse ni poco ni mucho de estas habladurías, apenas amanecía Dios, se ponía a cantar como si estuviera en su gallinero; y hubiera cantado su vida, si por su mala estrella no hubiere dicho al entonar un himno a la libertad *Ki - ki - ri - kó*, en lugar de decir *Ko - ko - ro - kó*, que era el uso consuetudinario de aquél país.

Aquí fué la tremolina. ¡Qué bulla! ¡Qué alboroto! ¡Qué cacareo! No parecía sino que hubiesen visto las patas de la zorra. Todos los gallos del lugar cayeron sobre él y lo rodearon y estrecharon de manera, que a no ser de tan buena ley, habría tomado las de Villadiego. El uno le arrima ambas espuelas, el otro le arranca las plumas de la naciente cola, y todos a porfía lo llenan de denuestos y de dicterios.

— Pero, amigos — les dijo el cuitado —, ¿qué furor es ése? ¿Qué mal os he causado?

— ¡Impávido! — le respondieron —. Trapalón, mestizo, advenedizo, jenízaro y rabón, ¿qué es eso de *Ki - ki - ri - kó*? ¿Qué falta de respeto a la sonora, castiza y correcta música de nuestros padres? ¿No basta ya que los malditos herejotes de los gallos ingleses y franceses nos coman el trigo, sino que también han de venir a introducirnos en el canto sus extranjerismos?

— Señores — contestaba el atribulado *cantorcillo* —, sosiéguese vuestas mercedes, y entendámonos. Yo

gusto de cantar y vivo de eso, y canto como Dios me da a entender.

— Falta usted a las reglas, desafina los tonos y se separa de la doctrina de nuestros mejores cantores.

— ¿Qué cantores ni qué calabazas? Veamos, ¿qué doctrina siguen vuestas mercedes, y qué modelos imitan?

— Nosotros imitamos — contestaron algunos — el sublime cantar del *gallo de la Pasión* que le cantó a San Pedro, echándole en cara su fea culpa con tal elocuencia, que el Santo traidor, movido de lo limado del estilo y lo castizo de las frases, se echó a llorar a lágrima viva y a moco tendido, confesando su delito y haciendo penitencia. ¡Eso sí que era cantar! ¿Qué viene usted aquí con su *Ki - ki - ri - kí*, ni con su *Ki - ki - ri - kó*? Eso no huele a Castilla la Vieja, no es antiguo y por lo tanto no merece escucharse.

Afligido y mohino por demás trajeron con tan eruditos razonamientos a nuestro cantor novel, si hubiese cosa en este mundo que lo pusiera de mal talante. En verdad que de aventuras peores había salido con vida. Después de algunas vueltas y revueltas maliciosas en el estrecho círculo que le habían formado, a manera de salida de gallo fino, encaró a uno de los de la rueda, diciéndole en tono amigable y sumiso:

— ¿Canta vuesa merced según las reglas que dejó escritas el *gallo de la Pasión*?

A lo que contestó el tal, después de haber garganteado con garbo:

— De muy buena gana lo hiciera, más por darle una lección que por complacerlo, si no anduviera con *pepita*.

— Lo siento en el alma y lo compadezco. ¿Y vuesa merced? — dirigiéndose a otro de los circunstantes que a la sazón estaba parado en una pata, jugando con la otra con las plumas de la pechuga —, ¿no me endilgará por el buen camino?

Pero este le descargó por toda contestación tan recias puñaladas, que bien dejó traslucir que era discípulo de San Pedro, quien tajó una oreja al judío Malco en ocasión semejante.

— Gracias, señor, por la cortesía — contestó el rabón —; eso se llama poner las cosas a derecha.

En estos dares y tomares se avanzó hacia el centro con paso medurado un gallo que tenía fama de muy castellano, y después de entonar el *do, re, mi, fa, sol*, del canto llano, dijo en tono de bajo un *Criiis - to nacióooooo*, tan afinado, que hizo prorrumpir a la asamblea en mil bravos y aplausos.

— Esta es una ligera muestra — añadió pavoneándose de satisfacción en un ronco recitado — de lo que puede el estudio de los buenos modales cuando se hace con aprovechamiento.

Me reservo para después dar al público las reglas, porque nada es más útil al gallinero que cantar bien, aunque no tenga un grano que llevar a la boca y esté amenazado de que se introduzca en su seno la zorra. Nos hemos asociado en número de ocho gallos, todos, a Dios gracias, buenos y leales castellanos, y sólo aguardamos que llegue un compañero que tiene espuelas *metálicas*, para principiar nuestras tareas en la grande obra de salvar a la república del mal mayor que podía sobrevenirle, cual es el de que se adultere el hermoso canto del *gallo de la Pasión*,

pidiendo al soberano que nombre, a la manera del protomedicato, un tribunal en que se examinen los gallos que hayan de cantar en público, y que éstos sean escogidos entre los que hayan estudiado en la Sorbona o en Salamanca.<sup>1</sup>

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 23 de 1842.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

<sup>1</sup> Este artículo cuya continuación anuncia su autor, no llega a publicarse. N. P.



## LA CUESTION LITERARIA \*

*Domingo F. Sarmiento*

<sup>1</sup> El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

*Lord Agirof*

<sup>2</sup>Una cuestión, cuando es una simple cuestión, es considerada la mayor parte del tiempo<sup>3</sup> como una cuestión, y nada más. Pero hay cuestiones de cues-

\* Este artículo lo reproduce anotado su autor en el mismo diario porteño, el 30 de Junio del mismo año. Como considero ilustrativas las notas las reproduzco. Creo que es la primera vez que se hace esta reproducción, pues las personas que han recopilado la *Primera polémica literaria* han manejado la edición de Luis Montt, citada en el prólogo de este volumen y en la cual no aparecen. Yo, en cambio, me he valido de *El Mercurio* y lo he cotejado con la obra dirigida por Montt.—La edición de Larra a que se refiere Sarmiento dice en la portada: *Figaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en varios periódicos de España, por don Mariano José de Larra*. Valparaíso, Imp. de M. Rivadeneyra, 1842.—La obra consta de dos volúmenes. El primero tiene 319; el segundo, 285 páginas. Esa es una de las magníficas ediciones compuestas por Manuel Rivadeneyra, quien llega a ser célebre en España, como se sabe, con su *Biblioteca de autores españoles*. N. P.

tiones; hay cuestiones que hacen furor. Las hay espesas y de suyo enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve; puede escribirse encima de ellas *non plus ultra*, nada hay más allá. Entre éstas pudiera muy bien clasificarse<sup>4</sup> la cuestión *literaria*. No sé que sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí las más son cuestiones de persona. <sup>5</sup>En vez de buscar libros que confirmen una opinión, la primera diligencia que se hace es saber quién es el autor del artículo contrario; <sup>6</sup>y las más de las cuestiones que he visto se han decidido por este estilo; <sup>7</sup>mas yo encuentro en esto el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darse honor unos a otros, se dan mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares y nos hacemos el hazmerreír del público. <sup>8</sup>Muchos tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. <sup>9</sup>He aquí las causas de la oposición que, así en política como en literatura, hallamos en nuestro pueblo a las innovaciones; queremos el fin sin el remedio, y ésta es la razón de su poca solidez.

<sup>10</sup>Han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación, que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado y aun de principios de éste. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas, hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó, en España como aquí, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado a establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así

como la marcha del gobierno, era una pauta de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados a no discurrir, a no sentir, nuestros abuelos no permitían discurrir ni sentir a sus hijos. <sup>11</sup>Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror toda innovación; encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su indispensable libertad; dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso. Nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente a la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos puertas a las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos a amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello<sup>12</sup>. Se ha dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo<sup>13</sup>. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica y en política, aumentar ideas nuevas a las viejas y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, es haber perdido la cabeza.

<sup>14</sup>Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer

de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta sólo servirá<sup>15</sup> para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje de arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo. <sup>16</sup>El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la lengua de Garcilaso: *que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana.* <sup>17</sup>Ni reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época. <sup>18</sup>Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea*, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; <sup>19</sup>literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que constituímos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituímos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la

nuestra. <sup>20</sup>El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime. <sup>21</sup>No es la palabra sublime, séalo el pensamiento, parta derecho al corazón, apodérese de él, y la palabra lo será también.

<sup>22</sup>He aquí verdades que no comprendieron los escritores españoles del siglo pasado; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas y vestirlas con la lengua propia; <sup>23</sup>es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron salvar del antiguo naufragio la expresión, esto es, representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales, <sup>24</sup>pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas. Se ha inculcado a Cienfuegos de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho si Cienfuegos era el primer poeta filosófico que tenían los españoles, el primero que había tenido que luchar con su instrumento y que le había roto mil veces en un momento de cólera o impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones *a quienes nos vemos forzados a imitar*, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Los escritores modernos franceses han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. *Notre Dame de Paris* ha hecho verdaderamente una revolución en la lengua francesa. <sup>25</sup> Pero al fin, aquí tenemos el loco orgullo de no

saber nada, de querer adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a las que sabían más que ellas.

*El Mercurio*

Valparaíso, Junio 25 de 1842.

NOTAS

- <sup>1</sup> *Vida de españoles célebres*, t. I de los Artículos de Fíguro, p. 169, edición de Valparaíso
- <sup>2</sup> *La cuestión transparente*, t. I, p. 220.
- <sup>3</sup> La mayor parte del tiempo, la *plus part du temps*, galicismo. *Teatros*, t. II, p. 109
- <sup>4</sup> *La polémica literaria*, t. I, p. 90.
- <sup>5</sup> *Ib.*, p. 88.
- <sup>6</sup> *Ib.*, p. 90.
- <sup>7</sup> *Ib.*, p. 90.
- <sup>8</sup> *Vuelva V. mañana*, t. I, p. 47.
- <sup>9</sup> *Catalina Howard*, t. II, p. 137.
- <sup>10</sup> Representación de *El sí de las niñas*, t. I, p. 141.
- <sup>11</sup> *Antoni*, t. II, p. 93.
- <sup>12</sup> *Literatura*, t. II, p. 93.
- <sup>13</sup> Palabras del discurso del señor Lastarría.
- <sup>14</sup> Hernán Pérez del Pulgar, t. I, 158.
- <sup>15</sup> *Ib.*, 159.
- <sup>16</sup> El álbum, t. II, p. 6.
- <sup>17</sup> *Literatura*, t. II, p. 95.
- <sup>18</sup> *Ib.*, 95.
- <sup>19</sup> *Ib.*, 94.
- <sup>20</sup> *Memorias originales del Príncipe de la Paz*, t. II, p. 183.
- <sup>21</sup> *Literatura*, t. II, p. 93.
- <sup>22</sup> *Ib.*, p. 92.
- <sup>23</sup> *Ib.*, p. 93.
- <sup>24</sup> *Espagne poétique etc.*, t. I, p. 175.
- <sup>25</sup> *Vuelva V. mañana*, t. I, p. 47.

## ¡RARO DESCUBRIMIENTO!

*Domingo F. Sarmiento*

En nuestro número de 25 de Junio publicamos un remitido que traía por epígrafe: *La cuestión literaria*. Desde nuestra primera lectura del borrador, sentíamos una satisfacción que al principio debíamos atribuir naturalmente a la conformidad de las ideas en él vertidas con algunas de las que otra vez hemos manifestado sobre literatura, y que tanta oposición encontraron por entonces. Pero esta explicación no bastaba; no sólo las ideas nos eran familiares y conocidas, sino que aun las mismas palabras nos parecía haberlas oído o leído alguna vez. Reminiscencias vagas, pero no menos efectivas, nos hacían prever lo que aun no habíamos leído del discurso, como si fuese esto o una producción propia, o una segunda o tercera lectura de algún autor conocido. Sorprendidos de un fenómeno tan extraño, no obstante la oportu-

nidad del remitido que se refiere a un hecho presente y privativo de nuestra polémica pasada, nos desvivíamos por averiguar la causa, cuando nos llamó la atención el tema de la composición y el autor cuyo nombre nos es enteramente desconocido. Efectivamente, el *Lord Agirot* no figura ni entre los miembros de la Cámara de los Pares, ni entre los escritores ingleses de alguna nombradía. *Agirot... Agirot...* ¿Si será un anagrama? Veamos: Ga irot... Ga - ro fi... ¡*Figaro!* ¡Oh descubrimiento! Ya teníamos un cabo del hilo conductor. Sólo faltaba comprobarlo. Nos abalanzamos sobre el *Figaro*, y registra y hojea en todos sentidos sin saber dónde hallar el texto citado, dimos al fin, por casualidad y con indecible satisfacción de aquél que gritaba: ¡ya la hallé! ¡ya la hallé!, en la página 169 del tomo 1.º de la edición de Valparaíso de las obras de *Larra*, con aquellas palabras. Un rayo de luz venía a iluminarnos. Continuamos nuestras investigaciones y habiendo sorprendido un plagio aquí, otro acullá, hemos venido a descubrir, después de dos días de trabajo, ¿lo creerán nuestros lectores? . . ., que el comunicado titulado *La cuestión literaria* es de cabo a rabo, y sin más alteración que la de algunas palabras, un plagio de *Larra* en que el ladrón no se ha tomado más trabajo que el de coordinarlo de manera que resultase de los diversos fragmentos de que se ha servido, un todo completo y perfectamente aplicable a la cuestión que ha agitado la prensa en estos días. Tan curioso nos ha parecido este nuevo modo de resucitar a un muerto y hacerlo tomar parte en nuestras querellas literarias, que hemos creído que no desagradaría a nuestros lectores el que reimprimi-



mamos el antedicho comunicado, a fin de que con el auxilio de las notas y con el Larra en la mano puedan comprobar la exactitud de nuestras observaciones.

Una vez hecho este descubrimiento que, sin vanidad sea dicho, hace no poco honor a nuestra laboriosa sagacidad, cuando se trata de descubrir un plagio y echárselo por los hocicos al que lo haya perpetrado, nos aprovecharemos de las doctrinas de Larra para apoyar en el concepto de nuestros contrarios en principios literarios nuestras propias doctrinas; pues, en cuanto a nosotros, debemos declarar que las opiniones e ideas de don Mariano José de Larra no tienen el peso de una autoridad, y, cuando más, lo consideramos como un hecho que acredita que la joven España, por la boca de aquel célebre crítico, ha desechado, y aun más, negado la existencia de una literatura modelo en España; como nosotros y antes que nosotros, ha pronunciado un decreto de divorcio con lo pasado, y hecho sentir la necesidad de echarse en nuevas vías para alcanzar una regeneración en las ideas y en la literatura; como nosotros ha declarado la incompetencia de un idioma vetusto para expresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política. Los que con tanta prevención y desdén combatieron nuestros principios, pueden rectificar con esta lectura los más claros de entre sus conceptos, y convencerse de que en idioma y literatura vamos más atrás que la España de un siglo por lo menos, y que se han propuesto la rehabilitación del español cuando los legítimos tenedores de él han abandonado este estéril trabajo.

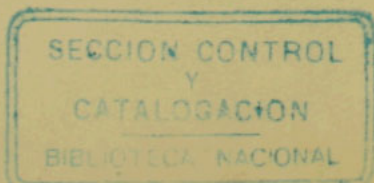
¶ Muy más de acuerdo hubiéramos andado en nuestra polémica, si hubiésemos definido bien nuestros principios filosóficos. Nosotros creemos en el *progreso*, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, las naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás y buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, expresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de regeneración social, el idioma legado por el pasado había de escapar a la innovación y a la revolución.

¶ Deseáramos que nuestros antagonistas examinasen con detención las tendencias de Larra en todos sus escritos, y los principios francos y progresivos que ha manifestado en literatura, aprovechando desde ahora las indicaciones que ha hecho sobre la polémica literaria y la manera de manejarla en España, para que se convenzan de que algo, mucho, si no todo lo que ridiculizaba allí, se reproduce en nosotros mismos, con tan admirable consecuencia que podría decirse aquello de *hijos de tigre, overos salen*.

*El Mercurio*

Valparaíso Junio 30 de 1842.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



## I N D I C E

<i>Prólogo</i> , Norberto Pinilla	VII
✓ <i>Ejercicios populares de la lengua castellana</i> , Domingo F. Sarmiento	1
✓ <i>Ejercicios populares de la lengua castellana</i> , Pedro Fernández Garfias	9
✓ <i>Señores EE. de El Mercurio</i>	13
✓ <i>Señores editores de El Mercurio</i>	17
✓ <i>Se contesta a un comunicado</i> , Domingo F. Sarmiento	21
✓ <i>Ejercicios populares de la lengua castellana</i> , Andrés Bello	25
✓ <i>Contestación a un quidam</i> , Domingo F. Sarmiento	31
✓ <i>Segunda contestación a un quidam</i> , Domingo F. Sarmiento	39
✓ <i>Al señor redactor de El Mercurio</i> , José María Núñez	49
✓ <i>A El Mercurio números 4.094, 4.097</i> , José María Núñez	55
✓ <i>El comunicado del otro quidam</i> , Domingo F. Sarmiento	63
✓ <i>Los redactores al otro quidam</i> , Domingo F. Sarmiento	69
✓ <i>Artículo tercero</i> , José María Núñez	75
✓ <i>Correspondencia</i>	81
✓ <i>Scènes de la vie privée et publique des animaux</i> , Domingo F. Sarmiento	89
✓ <i>Los gallos literarios</i> , Domingo F. Sarmiento	97
✓ <i>La cuestión literaria</i> , Domingo F. Sarmiento	107
✓ <i>¡Raro descubrimiento!</i> , Domingo F. Sarmiento	113

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Cinco poetas.* Manuel Barros Borgoño, 1937.
- Poesía de Carlos Pezoa Véliz.* Santiago, Alianza de Intelectuales de Chile 1939.
- Bibliografía de estética.* Santiago, Manuel Barros Borgoño, 1939.
- Artículos referentes a la literatura américo-hispana en la revista «Juventud».* Santiago, Publicaciones de la «Revista Universitaria», 1939.
- Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral.* Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1940.
- Las tres gramáticas.* Santiago, Publicaciones de la «Revista de Educación», 1941.
- Panorama del movimiento literario de 1842.* Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1942. (Ensayo premiado por la Sociedad de Escritores de Chile).
- La generación chilena de 1842.* Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1943. (Premio de ensayo de la Municipalidad de Santiago.)
- La polémica del romanticismo en 1842.* Buenos Aires, Américalee, 1943.
- El soneto Roma.* Santiago, Publicaciones de la «Revista de Educación», 1943.
- Bello y Caracas.* Santiago, Publicaciones de la «Revista de Educación», 1944.
- Bibliografía crítica sobre Carlos Pezoa Véliz.* Santiago, Prensas de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, 1945.
- La controversia filológica de 1842.* Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1945.